

PRENSA ANARQUISTA CNT-FAI-JJLL

ROLLO N°

1

Enero 1886 * Junio 1888

ACRÁCIA

REVISTA SOCIOLOGICA

PRIMER VOLUMEN
— NÚMEROS 1 A 30 —

BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADEMIA, DE LA VIUDA É HIJOS DE EVARISTO ULLASTRES
Ronda de la Universidad, número 6

CÍRCULO OBRERO
LA REGENERACIÓN
DE BARCELONA

ACRÁCIA

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA



Publicación mensual de ocho ó más páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Enero de 1886

Año I N.º 1

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Salvador Peris, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

ACRACIA saluda afectuosamente á los que se desvelan y trabajan con actividad por la emancipación del proletariado; á la prensa socialista, que difunde la ciencia social, combate los errores y afirma la confianza en un porvenir de paz y justicia; y á la prensa, en general, que robustece la opinión pública. A todos, SALUD!

NUESTROS PROPÓSITOS

Si la Revolución ha de continuar la obra comenzada y ha de llegar al término señalado por la idea de justicia, es á condición de que la opinión pública se desarrolle, se organice y se perfeccione.

En los tiempos del poder absoluto, cuando los pueblos eran patrimonio de los reyes, y la conquista, un legado testamentario ó un dote matrimonial modificaban los límites de los Estados, demarcándolos, de la misma manera que hoy se señalan los lindes de una dehesa ó de un cortijo, la opinión como entidad representativa de la colectividad no existía ni podía existir; las opiniones aisladas de los individuos, aunque hoy podamos considerarlas como el germen del pensamiento progresivo, eran actos disolventes y antisociales.

La Revolución emancipó á los pueblos de esa tiranía, más odiosa por la inmoralidad de que un hombre fuese amo de millones de hombres que por el cúmulo de actos brutales que la historia consigna á su cargo, y sintiéndose dueñas de sí mismas las naciones proclamaron su soberanía, contrayendo por este hecho el deber de constituirse y organizarse sobre principios que entrañasen el progreso alcanzado.

Pero la soberanía nacional, considerada como entidad que pacta una constitución con el monarca, reconocióse como base insuficiente para fundar el derecho, y surgió la idea democrática reclamando á la colectividad absorbente el respeto al derecho individual.

La democracia no encontró satisfacción en los límites que le asignó la constitución política de los Estados, á causa de que quedaban sin resolver los problemas económicos, y vino el socialismo á declarar que no basta proclamar la igualdad de los ciudadanos ante la ley, sino que es preciso reconocer la igualdad ante la ciencia y la propiedad, ó en otros términos, que es preciso reconstituir el patrimonio universal formado por los dones espontáneos de la naturaleza y el de los producidos por la humanidad.

Al llegar aquí la opinión tiene una misión mucho más importante: debe afirmar el derecho y hallar su fórmula práctica.

A esta situación hemos llegado y aquí empieza la misión que nos hemos impuesto: Venimos á aumentar el poderoso cuerpo llamado opinión pública, base firmísima de toda agrupación liberal, fortaleza indestructible que nunca dominará la Reacción y punto de partida de las futuras conquistas del derecho.

Nos servimos de la imprenta porque es el órgano natural de la opinión, cuyo poder es infinitamente mayor que el que pudieron soñar los tiranos más poderosos de la tierra; por ella las inteligencias y las voluntades dispersas se unen y se conciernen en un pensamiento y en una acción común, y se forma esa entidad poderosa, el pueblo consciente, que piensa, siente y quiere como un solo hombre, y en un momento dado se impone y annulla los poderes, las jerarquías, los privilegios, y aniquila todas las fuerzas tradicionales que se oponen al dominio majestuoso de la razón y de la justicia.

Nuestra misión es de paz. Venimos á exponer doctrinas, á juzgar sistemas y opiniones y á dar cuenta de los progresos de carácter social que se vayan efectuando sin exclusivismo ni preocupación de escuela aunque con el propósito de no caer en enervante eclecticismo; nos proponemos encauzar las corrientes populares al objeto de que socialismo y sociología converjan en un mismo punto; es decir, queremos que la masa revolucionaria que protesta contra el actual régimen social, y en tiempo de paz sufre la explotación capitalista y en tiempo de guerra el fuego y la deportación, sea, á la par que activa, consciente, y pueda confundir á sus enemigos por la exposición de sus principios, la lógica de sus convicciones y lo incontrastable de su fuerza.

Queremos ilustrado al socialismo militante, y para lograrlo trataremos de romper la clausura que sufre la ciencia en el gabinete del sabio y llevarla al taller, donde si en otro tiempo pudo haber inteligencias atrofiadas que sólo se alimentaban de fanatismo y superstición, hoy las hay en gran número despreocupadas y ávidas de conocer la verdad.

Es preciso que la sociología, ciencia que por la grandeza y utilidad de su objeto domina á todas, se universalice, y sólo por este medio desaparecerán todos los obstáculos que la ignorancia opone al progreso social.

Grande es el objeto y escasos nuestros medios, pero trabajaremos por él hasta donde llegue la fuerza de nuestra voluntad y la benevolencia de nuestros lectores.

REGENERACIÓN Y ACRACIA

HÉ aquí dos nombres que sintetizan dos conceptos bien distintos. *Regeneración* equivale á volver al buen estado gozado anteriormente; si se aplica al individuo, supone uno que haya perdido su salud, por ejemplo, y la haya recobrado, volviendo al buen estado anterior. Si se aplica á la sociedad, significa que, hallándose anteriormente en un estado floreciente, bajo todos aspectos, decayó, *degeneró*, y anhela volver á la época de prosperidad, ó ha vuelto á aquel anterior estado de progreso.

mo, dichosos si
las bocas de la
il que valía la
al director, el
urada familia
bebe transfor-
subterráneos.»
razos y se des-
elevado del
acia el cuarto
espera,» entran
con objeto de
chupadas por

nombre entu-
as, y después
té socialista.
que se aleja,
utado.
le, es un an-
ridísima. Al
nas ideas de
de Etienne,
contra las
apeña en la
Bakounine
ce más que
los obreros,
osa miseria
completos
euf prie-
nico que ve
provocadas
os cuantos
a colectivi-
mente aun
as familias
bono á los
mente dis-
en sus com-
no comu-
del drama,
ráneas con
huelga, los
tas man-
es á quien
no lo sea.
5, Barcelona

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de ocho ó más páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero | Febrero de 1886 | Año I | N.º 2 | La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Salvador Peris, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LA CUESTIÓN SOCIAL ANTE LA CIENCIA

I

PARA el libre-pensador, esto es, para el hombre verdaderamente digno de este nombre, el supremo pontífice es la Ciencia. Ante ella han de inclinarse el dogma y la preocupación.

Colón destruye la antigua hipótesis de la configuración de la tierra; Galileo pulveriza la leyenda bíblica; Copérnico da el golpe de gracia á las antiguas creencias religiosas; los cimientos de la tradición ceden bajo el peso de las investigaciones de Darwin; la magia, la alquimia y el charlatanismo son sepultados por la química; la astrología por la astronomía; la transacción parlamentaria por el positivismo revolucionario; y hasta la divinidad, última trinchera del pasado, está derrumbándose bajo los golpes de ariete del materialismo científico.

Cuanto más adelanta la Ciencia, más patente se hace la crisis que atrae la actual sociedad. Aplicaciones de la Ciencia son las máquinas; y éstas, lejos de curar el mal, no hacen más que agravarlo. A cada progreso científico, á cada nueva aplicación de la mecánica corresponde un aumento espantoso de miseria y malestar social. Y si de los hechos pasamos á las investigaciones hipotéticas, y suponemos realizado el *summum* de progreso mecánico, nos encontramos inmediatamente con la paralización del trabajo manual, esto es, con el *summum* de malestar económico.

El elemento que está en la situación estratégica diametralmente opuesta á la sociedad actual es, pues, la Ciencia. Cuando dos cosas llegan á ser tan antitéticas que el desarrollo de la una está en razón directa de la disminución de la otra, es preciso que una de ambas sucumba ó cuando menos se transforme. Pero esta transformación deberá ser tal que la progresión directa pase á ser inversa, para lo cual será preciso cambiar el sentido de la desigualdad algebráica.

Hechas las anteriores consideraciones, pasemos á la demostración matemática del siguiente

TEOREMA.—*La actual organización de la sociedad tiende á cero.*

Sean A, C, P, los tres sumandos: autoridad, capital y preocupación; L, T, D, los otros tres sumandos: libertad, trabajo, despreocupación. La relación de la sociedad es:

$$A + C + P \text{ mayor que } L + T + D \quad (1)$$

Hemos visto que la intervención de la Ciencia, imposibilitando la an-

terior relación, la obligaba á cambiar de sentido y á transformarse en esta otra.

$$L + T + D \text{ mayor que } A + C + P \quad (2)$$

Pero la diferencia numérica entre el primer y segundo miembro, debe ser la misma en la relación (2) que en la relación (1).

Hemos visto también que el progreso indefinido de la Ciencia reducía á cero el sumando T y hacía aumentar indefinidamente el sumando C en la expresión (1). Luego, en la expresión (2) los términos L, T y D son los que aumentan indefinidamente. Notemos que el límite de L, ó sea de la libertad, es la anarquía; que el límite de T, ó sea del trabajo legalmente organizado, es el colectivismo, y que el límite de D, ó sea de la despreocupación, es el materialismo.

A la vez que el primer miembro de la relación (2) crece indefinidamente, el segundo miembro decrece indefinidamente también. Pero cuando una cantidad positiva decrece de una manera continua, su límite es cero. Luego A + C + P tiende á cero, y como A + C + P, ó sea autoridad, capital y preocupación son los términos de la actual sociedad, resulta que ésta tiende á cero. Que es lo que tratábamos de demostrar.

De algunos corolarios de este teorema, fecundo en resultados, trataremos en los números sucesivos.—T.

SOBRE LO QUE ACRACIA SIGNIFICA

ESTIMADO amigo redactor de ACRACIA: Aunque me parece verosímil que á Vd. y á muchos otros ha pasado lo mismo, creo conveniente comunicarle el siguiente hecho:

Esta mañana ha venido á verme una persona bastante instruída, y viendo en la mesa á la que le invité se sentara, el número 1.^o de ACRACIA, no pudo menos que preguntarme:

—¿Qué es eso? ¿Qué significa esta palabra que no he visto nunca?

—Pues lea Vd. esto y lo sabrá, contesté señalándole el artículo en que se explica el significado del término *acracia*.

Con mucho meneo de cabeza va leyendo mi amigo, y al fin, dice:

—O yo no lo entiendo, ó lo que se trata de defender aquí es un absurdo, una cosa imposible de toda imposibilidad. La abolición completa de toda autoridad, la desaparición, en absoluto, de todo cuanto pueda llamarse gobierno no es realizable ya en ningún país ni en época alguna. Pero, aun suponiendo lo imposible de suponer, no comprendo cómo puedan aspirar á un estado de cosas cual el que resultaría, los socialistas, siendo así que para ellos la sociedad lo es todo; yo comprendería perfectamente que á la acracia, á la omnímoda libertad del individuo aspirasen los economistas, los que pretenden que el estado ideal de la humanidad es aquel en qué hayan desaparecido todas las trabas que al libre desarrollo de las facultades adquisitivas de la persona individual oponen las leyes y costumbres (inmorales, porque son coercitivas) de la sociedad. Desengáñense Vds., sin la menor partícula de autoridad, sin ningún ruidimiento siquiera de gobierno, no es posible más que el primordial sal-

vajismo, de cuyo estado de cosas apenas queda un rastro allá en Australia. Doquiera se unan dos ó más individuos para un fin común, nace en el acto un modo de gobernarse esta unión, tácita ó explícitamente, en forma de simple consenso ó de convenio, contrato ó pacto formal, pero siempre constituyendo ley y por ende autoridad. Asimismo hoy al constituirse una sociedad, una asociación cualquiera, lo primero que hacen los individuos que la componen es un reglamento, unos estatutos, es decir, una ley, y luego una junta directiva, es decir, un gobierno... pero, ¿por qué se ríe Vd.?

—¿Cómo no me he de reir viendo á Vd. acalorarse para repetirmelas mismas objeciones que ya mil veces se han refutado? Al autor del artículo que Vd. acaba de leer, no se le ocurrió que alguien pudiera entender la palabra gobierno en el sentido más lato, cuando él lo usa evidentemente en el sentido concreto que en el lenguaje ordinario tiene, de gobierno político. Es verdad que hubiera podido escribirla con mayúscula, y tal vez, si hubiese previsto que Vd. no lo entendería, se habría expresado de otra manera, diciendo v. gr. que por *acracia* se entiende un estado social en que no hay gobernantes, en que el administrar no constituye carrera, sino que es una ocupación accidental que por turno ó por elección puede tocar á cualquier hijo de vecino. Sin gobierno quiere decir sin ministerio de Gobernación, sin gobiernos civiles ni militares, sin alcaldías ni nada de lo que constituye la organización actual de las oficinas del Estado, en fin, abolición completa de la llamada *burocracia* en todos sus grados y formas.

—Tal como Vd. la explica la cosa tiene más apariencia práctica, me dice el amigo, pero en el fondo no hemos ganado gran cosa en punto de realizabilidad. Mientras Vd. no me enseñe una sociedad pequeña, una casa comercial, una fábrica, una imprenta que marche (por no decir se gobierne) *acráticamente*, seguiré negando que el reino de la acracia pueda venir jamás, pues lo creo una cosa tan imaginaria como el reino cuyo advenimiento los cristianos piden cada día en su «padre nuestro.» El reino de Cristo no puede venir porque los hombres no serán jamás ángeles, y la acracia no será jamás un hecho por la misma razón; es decir, porque la gran mayoría del género humano en sus diferentes especies será siempre una manada de fieras ó un rebaño de brutos incapaz de subsistir sino á fuerza de mucho gobierno y mucha autoridad...

—Mientras subsiste la actual organización social, amén; interrumpí yo. Por esto mismo, el aspirar á la acracia, implica un cambio radical del modo de ser de la sociedad humana, que hasta ahora ha ido desenvolviéndose inconscientemente; pero el solo hecho de existir quien con la publicación de esta ACRACIA pretende contribuir á que la evolución de la sociedad humana se haga con conocimiento de causa, es prueba suficiente de la posibilidad de realizar una reorganización cabal, puesto que lo más difícil, el comenzar, queda hecho, no solamente aquí, sino en todo el mundo civilizado, ya en todos los países se propagan las mismas ideas, si bien no en la misma forma. Y en cuanto á un ejemplo práctico que Vd.

desea ver, otro día le explicaré cómo Vd. podrá hacer marchar acráticamente cualquier fábrica ó establecimiento, si no hoy, en pocos años.

—Sí, sí, ya le recordaré la promesa; y me comprometo á hacerle ver lo imposible que es lo que Vd. se imagina fácil y hacedero.

Y así quedamos hasta la semana próxima cuando le volveré á ver. Es muy posible que él no quiera acordarse más del asunto, pues son muchas las gentes que dicen pestes de la sociedad actual, pero á quienes asusta y horroriza la idea de un cambio completo que daría al traste con sus ambicioncillas y su modo de vivir *honradamente* á expensas de la sociedad, á la que no prestarí ningún servicio positivo y útil, y mucho menos necesario.

De todos modos, le comunicaré á Vd. lo que me dirá, por si le puede servir de algo, ya que conviene acallar la continua repetición de los mismos reparos.—X.

EL INDIVIDUO CONTRA EL ESTADO SPENCER Y «LA REVUE SOCIALISTE»

CONSECUENTES en nuestro propósito de elevar el *socialismo* á la posesión de la *sociología*, debemos, no sólo estudiar los fenómenos sociales, sino estar á la mira de cuantos estudios sociológicos vengan á enriquecer la nueva ciencia.

—Entendemos por *socialismo* el conjunto de doctrinas más ó menos racionales, más ó menos prácticas, que tienden á modificar ó á transformar completamente el actual modo de ser de la sociedad, con arreglo á un ideal de justicia, diferenciándonos de los que le consideran como un sistema de organización social.

—La *sociología* es para nosotros el resumen metódico y razonado de los conocimientos sobre el individuo, sus derechos, relaciones recíprocas y energías individuales ó colectivas.

Atentos al cumplimiento del deber que nos hemos impuesto, hemos examinado un trabajo, producto de un pensador profundo y gran observador que hace ya algunos años viene fijando la atención de cuantos se interesan por la cosa pública. Nos referimos á Herbert Spencer y su último libro *El Individuo contra el Estado*. También hemos estudiado la crítica que de este libro hace *La Revue Socialiste*. El juicio que de este doble trabajo hemos formado es lo que presentamos á nuestros lectores.

Divide el autor su trabajo en cuatro capítulos titulados: «Los nuevos conservadores,» «La esclavitud del porvenir,» «Las culpas de los legisladores» y «La gran superstición política.»

A fin de ordenar nuestro estudio para que el lector obtenga el mayor fruto, examinaremos cada capítulo por sí con la réplica de su contradic-tor, exponiendo al fin nuestro criterio.

Dudosos de poder abarcar la vastísima extensión del asunto, aunque firmes en nuestro deseo de hallar la verdad y con ella contribuir á la gran obra del perfeccionamiento social, solicitamos el concurso de cuantos quieran ayudarnos con sus observaciones y consejos sobre el asunto

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de ocho ó más páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Mayo de 1886

Año I N.º 5

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LA CUESTIÓN SOCIAL ANTE LA CIENCIA

IV

PASEMOS á la última

PROPOSICIÓN.—*Las religiones son incompatibles con la razón.*

Bajo el punto de vista social y utilitario, hemos de considerar al culto interior con sus pomposas manifestaciones; bajo los puntos de vista científico y filosófico, atacaremos los fundamentos de toda religión.

No nos entretendremos en combatir tal ó cual teogonía, ya que para nuestro objeto no tienen importancia sus innumerables diferencias; sólo nos fijaremos en lo esencial, esto es, en la influencia que ejercen sobre la sociedad y en los cimientos que las sustentan.

Lo primero que salta á nuestra vista es el culto, ó sea el conjunto de actos exteriores relativos á la adoración de la corte celestial. Lo lógico, lo razonable, aun admitiendo que lógico fuera el dogma religioso, sería que cada cual realizara sus actos exteriores sin necesidad de intermedios; y, sin embargo, los rishis en la India, los magos en Caldea, los profetas en Israel, los oráculos en Delfos, las vestales en Roma, los druidas en las Galias, las legiones sacerdotiales en todas partes, se han encargado de servirnos de correo entre la tierra y el cielo. Según la definición del trabajo, explicada en nuestro anterior artículo, se deduce que los tales intermediarios nada producen, y por ende, nada les corresponde de capital; sin embargo, siempre han sido, y siguen siendo, sus principales detentadores. Las castas sacerdotiales han sido generalmente las que han dominado, viéndose muchas veces acumulados en sus manos el poder temporal y el espiritual. Bajo el punto de vista sociológico, nos encontramos, pues, con una infinidad de individuos que explotan, consumen, acaparan y nada producen.

Si del terreno de la práctica pasamos al de la teoría, vemos que todas las religiones, sin excepción alguna, descansan en un mismo hecho: la creación de la materia por uno ó varios seres superiores y distintos á ella, según sea la religión monoteista ó politeista. La razón, á su vez, divorciada de la fe, por prescindir ésta de la ciencia, no puede admitir más principios que los verdaderamente científicos; y éstos, á medida que su número ha ido aumentando, no han dejado un momento de derrumbar los ídolos que sostén la pedestal de la ignorancia. En cuanto al concepto de la creación, último baluarte del principio religioso, no puede resistir tampoco á la lógica filosófica, ni á la científica: á la primera,

esía, satisfecha su
pansión del prole-
abajadores, respiró

ica universal en su
lificando de crimi-
nte el sofisma para
rupasen á los par-

ró en sí, se movía
s contra lo que ha

nútil, la idea revo-
e Versalles, ni las
pletariado en bus-

s el mundo civili-
os donde se libra

nconscientes para
verdaderos prota-
una combinación
gmas, á todos los
se trata de luchar
ranía, el estable-

simbólica, pero
ntes poníanse los
rmamento y ma-
araba por una ú
ón por la rique-
centes hijos del
ar esas riquezas
de buscar en sus
rita los andrajos
dos de su obra.
e un continente,
y de acción que
rtados, unos en
la simpatía es-
paz de producir
salmente adqui-
nyos ideales han

poderosos, haga
eiores, el prole-

epública federal
á y generalizará
s amotinados de
e honrará á los
as norte-ameri-

digan lo que quieran los que, impulsados por el orgullo, desconfían del progreso humano antes que reconocer los límites de su inteligencia.

Respecto á la *Revue Socialiste* diremos que es cuando menos prematuro declararse acérrimo partidario de un sistema económico social cuando la ciencia no ha dicho aún su última palabra, y pudiera haberse ahorrado la réplica al libro de Spencer si en lugar de sus preocupaciones comunistas hubiera dado preferente atención á las adquisiciones que debemos ya á la Sociología.

Terminaremos este trabajo con una observación importante que deseamos inculcar profundamente á nuestros lectores. Cuando se ven talentos tan privilegiados como el de Spencer remover los fundamentos sociales con espíritu asaz analizador, estudiarlos en su origen, en su modo de ser y en sus efectos, sintetizar luego y detener el vuelo de su pensamiento incapaz de preconcebir los derroteros del progreso y caer en enervante y letal escepticismo, nos afirmamos cada vez más en la misión que tiene el proletariado moderno tan sabiamente expresada por aquellas célebres palabras: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»—L.

SOBRE LO QUE ACRACIA SIGNIFICA

II

Y a empezaba yo á sospechar que á mi amigo le había bastado y sobrado la explicación que le dí de lo que yo entiendo por acracia, cuando pocos días há, caminando Rambla arriba, le oigo de improviso decirme:

—Hola, amigo acrático, ¿á donde se va tan aprisa?
Y sin tener tiempo para volverme, le tengo á mi lado.

—Venga Vd. conmigo y lo verá, en el camino me dirá cómo se llama á los partidarios de la democracia, aristocracia, autocracia, etc.

—Muchas gracias por la lección; pero ya sabe Vd. que no ignoro que la analogía me obligaba á decirle amigo *acrata*, sólo que me suena mejor acrático que ácrata.

—Déjese Vd. de música y dé Vd. á las personas y á las cosas el nombre que les corresponde.

—Haré lo segundo; pero en cuanto á lo primero, precisamente quería preguntar á Vd. si, cuando nos hallemos constituidos en acracia, también habrá Pattis y Masinis.

—Seguramente, y hace Vd. bien en emplear el plural, pues habrá á centenares quienes cantarán aún mejor que esos dos, si cabe; lo que usted me sabrá decir ya que entiende en música.

—A mi entender, cabe mayor perfección; pero no se trata de esto; lo que quería saber, es, si habrá quien cobre 3,000 duros por una función.

—En cuanto á eso, no me parece probable que la sociedad acrática será tan blanda que afloje tantos duros; por lo demás, no habrá lugar ni á pedir ni á ofrecer semejante paga; la sociedad acrática será como una

vasta compañía de ruiseñores y el tener la voz de tal ó cual timbre especial ó el pecho más ó menos robusto (de la tesis se hablará tan sólo en la historia de la medicina), no se considerará como mérito suficiente para una gratificación extraordinaria.

—Valiente compañía de ruiseñores, por cierto, son los ácratas (usted no negará que ácrata y anarquista es lo mismo) de Londres, París y de Charleroi.

—Hombre, nosotros hablábamos de lo que será, no de lo que es, ni de lo que ha sido; y en cuanto á lo de Londres, sólo puedo decirle que allí habrá habido muchos socialistas, pero poco socialismo; lo mismo que en España tenemos la mar de católicos, pero de catolicismo... ni el estanque del Parque. Con respecto á los términos, tiene Vd. razón que, en el fondo, lo mismo dice ácrata que anárquico (ya que en español llamamos monárquicos á los partidarios de la monarquía y no monarquistas); pero con la palabra acracia indicamos al mismo tiempo que no solamente aspiramos á la abolición de toda forma de gobierno que descance en un ejército de empleados *ad hoc*, sino que pretendemos también que desaparezcan las expresiones que implican superioridad de clase, que la sociedad no se diferencie más en alta y baja, aristocracia y pueblo, sociedad culta y vulgo, etc.; en fin, que el mismo rasero se aplique á todos sin excepción, pero elevando el nivel de todos.

—Es decir, que todos seamos pobres, pero honrados.

—Al contrario, todos seremos ricos, pero sin haber cometido las estafas ni los crímenes que hoy se cometen sin escrupulo para hacerse rico cuantos antes.

—Esa igualdad sólo es posible por medio del comunismo, y éste, á su vez, es realizable tan sólo en una comunidad limitada, como la de los primeros cristianos, que muy pronto degeneró en presbiterocracia; también sé que hoy día existen varias comunidades que observan un comunismo más ó menos riguroso, pero ninguna cuenta mucho miles de individuos, y todos se rigen por unos estatutos ó reglas muy autoritarios, si bien la buena voluntad de todos produce la apariencia de cierta acracia que desaparecería muy pronto si el número de los *hermanos* aumentara en grande.

—¡Alto aquí! Sin duda tiene Vd. razón, si de repente entrara en una sociedad acrática, que supone la buena voluntad de la inmensa mayoría, un número extraordinario de personas de mala voluntad; pero no veo como la expansión lenta puede desvirtuar los principios de una sociedad. Usted me dirá lo de siempre, que una cosa es la teoría y otra cosa es la práctica; pero precisamente en esto nos diferenciamos los socialistas de los políticos, pues opinamos que la práctica ha de ser la realización de la teoría, con la misma exactitud que si se tratara de realizar el plan de un arquitecto ó ingeniero. El ejemplo del arquitecto es en efecto el más adecuado; cuando se trata de construir una casa nueva en terreno ocupado por escombros y ruinas, lo primero es ciertamente despejar el terreno, pero al mismo tiempo pueden ya prepararse los mate-

riales para el edificio nuevo; y como por regla general no son los mismos individuos los que derriban y los que construyen, asimismo el trabajo del derribo lo verifican los partidos políticos, mientras que nosotros estamos preparando los materiales para la sociedad nueva, ó, mejor dicho, procuramos que haya arquitectos y albañiles que se encarguen de la dirección de la obra para que no alteren el plan los pescadores de río revuelto.

—Pues yo creía que los socialistas eran los demoledores, y pretendían derribar todo, creando una verdadera anarquía, un caos, del que, según ellos, habría de surgir como por encanto un nuevo paraíso. Y á fe, ¿qué son sino conatos de derribo los atentados de Lóndres y de las minas de Francia y Bélgica? La pretensión de no trabajar más de ocho horas y cobrar más salario que antes no puede dejar de ser la ruina de muchas empresas que no podrían sostener la competencia.

—Si el tipo de ocho horas se establece en todo el mundo, como sucederá infaliblemente en una época no muy lejana, quedará salvado el inconveniente de la competencia, la que por lo demás no cabe tampoco en la sociedad socialista. En cuanto al pedir un aumento del salario, no me parece tampoco un acto muy revolucionario, y seguramente habrán calculado que el aumento que piden basta escasamente para sacarlos de apuros por el pan de cada día, sin cercenar mucho los beneficios de su explotador. Los que piden esto, pueden ser socialistas, pero puede usted estar tranquilo; aunque de tales socialistas se reunan 20 millones en vez de 20 mil, no por esto habrá llegado la hora del socialismo; mas el día que se reunan en Lóndres ó en cualquier otro punto del globo 20,000 socialistas de veras, no será para pedir tal ó cual gracia, sino para constituir definitivamente la sociedad nueva sobre la base del colectivismo universal, de la acracia perfecta.

—Esto no lo verán ni nuestros biznietos.

—Pues yo creo que, dado el paso que llevan las cosas en estos tiempos de la electricidad, lo más probable es que nuestros biznietos nacerán ya en pleno socialismo, y cuando adultos, apenas podrán formarse una idea de la época actual que les parecerá más mitológica que á nosotros las épocas antídiluvianas.

—¿Y no podría Vd. ensayar de darme á mí una idea sumaria anticipada de semejante estado de dicha general?

—Suscríbase Vd. á la ACRACIA, y con cada número nuevo se irán abriendo los ojos.

—¿Y no me deslumbrará tanta luz?

—Más probable es que Vd. cierre los ojos, como hacen los niños ante lo que les asusta.—X.

MISCELÁNEA

En una conferencia dada en la Sociedad de Ciencias, de Nueva-York, sobre las fuerzas productivas modernas, M. Livingston, ingeniero, expuso los siguientes datos:

«En 1828 la longitud de los caminos de hierro era de tres leguas y los wagones eran tirados por caballos. En 1830 tuvimos la primera locomotora y en la actualidad, des-

pués de 55 años, existen entre Europa y América 125,000 locomotoras para el transporte de mercancías y pasajeros, que poseen una fuerza de 37 millones de caballos de vapor. Las máquinas fijas de las fábricas representan una fuerza de unos 60 millones. De modo que tenemos hoy en actividad un total aproximado de 100 millones de caballos de fuerza. Ahora bien: cada fuerza-caballo técnico es igual á la fuerza de 3 caballos, y cada caballo equivale á la fuerza de 7 hombres, de donde resulta que poseemos 2,000 millones de fuerzas humanas, mientras el planeta que habitamos sólo tiene 1,200 á 1,500 millones de habitantes.

»Hemos creado, pues, en los últimos 55 años una nueva fuerza superior á la de la población del globo.

»Queda resuelta, por consecuencia, la cuestión de la lucha por la existencia, la de nuestro bienestar material, porque los 2,000 millones de fuerza se hallan en estado de producir y de producir incesantemente para el hombre. Lo que falta únicamente es hallar la fórmula de una organización social que corresponda á esa nueva creación de fuerzas. Es necesario encontrar un medio de producir en el menor espacio de tiempo posible todos los objetos materiales indispensables para el bienestar de la vida humana. El trabajo da todas las riquezas, y si se organiza debidamente, la sociedad podrá producir en abundancia todo cuanto necesite.»

Este grandioso hecho, si bien no proporciona una justificación más á las aspiraciones socialistas, porque la verdad se apoya por sí misma, viene á facilitar su demostración á nuestros adversarios.

Tenemos una potencia productora creada hace unos cincuenta años como resultado de progresos científicos anteriores, y, apenas creada, hállese vinculada en una clase social. ¿En virtud de qué derecho se efectúa este monopolio? ¿Por qué ha de haber tantos millones de trabajadores asalariados privados, no sólo de su parte de propiedad en esa creación, sino también de los beneficios que reporta? ¿Por qué en vez de beneficio general, resulta de esa misma potencia productora, sobera de brazos, crisis por exceso de producción y la miseria para infinidad de trabajadores?

Estos problemas viene estudiando la sociología y agitan el mundo moderno, que presiente la proximidad de la solución científica.

Ante asunto tan importante no pueden permanecer indiferentes los hombres de recto juicio y buenos sentimientos, cuyo concurso solicitamos para facilitar y asegurar el término de la gran obra de la reorganización de la sociedad sobre bases justas y científicas.

En uno de nuestros próximos números nos ocuparemos extensamente de una obra recientemente publicada en París, debida á la pluma de un católico legitimista, y cuyo título es *La Francia judía*. Casi todos los conceptos contenidos en el libro los podía firmar un socialista con tal de hacer extensivas á todos los explotadores las apreciaciones referentes á los explotadores israelitas.

Todo lo que denuncia el libro lo vienen practicando los jesuitas en mayor escala, si cabe, que los israelitas; así es que, dada la procedencia ultramontana del autor, sólo vemos una jugada del jesuitismo, temeroso de la competencia semita.

El segundo número de la *Tribune des Peuples* se publicará inmediatamente. Esta interesante revista, entre cuyos redactores se halla el conocido anarquista Eliseo Reclus, á la par que trata con perfecta competencia todos los asuntos sociales, da idea del movimiento universal del proletariado.

Acaba de ver la luz un folleto titulado *Acracia y República*, refutación al discurso pronunciado por D. Luis Carreras en Sabadell, escrito por un compañero nuestro de redacción, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

Hemos recibido *El problema de la emigración en Galicia*, por Ricardo Mella y Cea, y *A questao sociale, as bodas raes e o Congreso republicano*, por Carrillo Videira. De ambos trabajos nos ocuparemos oportunamente.

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Junio de 1886

Año I N.º 6

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LA PENA DE MUERTE

UNA desgraciada oportunidad nos mueve á efectuar este trabajo. Es posible que el cadalso se levante en España en la capital de la dominación política y en la de la explotación capitalista, en Madrid y en Barcelona. Tan triste posibilidad, y más aun si llega á tener cumplido efecto, es para nosotros un asunto importantísimo sobre el que no podemos eximirnos de manifestar nuestra opinión.

Existe fatal desacuerdo entre el médico y el legislador, y el desacuerdo es aún mayor entre el médico y el magistrado. Mientras el uno, con naturalizado con el organismo humano, ve dónde radican todos nuestros actos vitales, tanto los considerados de pura animalidad como los llamados anímicos que, según las antiguas escuelas, proceden del sentimiento, de la inteligencia y de la voluntad, cuya síntesis es el alma; los otros ven los actos separados de su principio impulsor, carecen de competencia y capacidad para el estudio de su génesis, y toman como causa lo que sólo es un efecto relativamente anterior al hecho que juzgan, pero muy posterior á la verdadera causa.

El médico, cuando no se estaciona como empírico adaptador de las observaciones y de las fórmulas de sus colegas más estudiosos, y cuando no degenera en curandero autorizado, puede llegar, y mucho hay adelantado en este camino, á determinar los órganos y el mecanismo que producen los fenómenos morales.

El legislador, tanto en los tiempos del absoluto autoritarismo monárquico como en los modernos de autoridad democrática, desconoce la máquina del pensamiento y el móvil de las pasiones, persistiendo aún en los errores y preocupaciones del misticismo y de la teología, y, con este desconocimiento de lo esencial é indispensable para su misión, fija reglas para la conducta de los hombres y señala castigos para sus infractores.

El magistrado, más ignorante aún que el legislador, interpreta la ley, producto de la ignorancia y de las preocupaciones de antiguos legisladores, y se convierte en su continuador automático, concediendo más autoridad á la ley cuanto más vieja y más en oposición se halla con las modernas necesidades y las recientes demostraciones científicas, que siempre considera como perturbadoras novedades.

«Es incontestable, dice Spencer, evidente y sin embargo absolutamente ignorado, que todos los fenómenos sociales tienen su origen en los fenómenos de la vida individual, cuya raíz á su vez se encuentra en

absoluto en que tienen las autoridades el cumplimiento de la ley de sanidad y ordenanzas de farmacia,» lo que prueba que con gobierno y todo se cometen y se toleran crímenes de la categoría de los que viene á exponer á la consideración pública, no pudiendo demostrar otro tanto «del estado anárquico, que no concibe el colega en una sociedad culta.»

Creemos, pues, que si *La Vara de Esculapio* denuncia criminales abusos, sin meterse en lo que no es de su competencia, llenará una magnífica misión.

El segundo número de *La Tribune des Peuples* contiene el siguiente Sumario: A nuestros suscriptores y lectores, la Administración. — Por qué somos anarquistas, Reclus.—La revolución en la educación, Cassius.—Los aldeanos en el Japón, Metchnikoff. — La transformación, Cassius.—Calorificación de las ciudades por el fuego central, Cassius.—Movimiento social internacional. — Europa: observación general, Francia, Bélgica, España, Portugal, Bulgaria, Rusia, Armenia.—Asia: China, Persia.—América: Estados Unidos, Haití, República Dominicana, Canadá, Cuba, San Salvador, Venezuela, Ecuador, Guatemala, Méjico, Nicaragua, Costa Rica, Colombia.—Revista bibliográfica internacional: libros, periódicos, revistas.—Se suscribe en la Librairie des Deux Mondes, París, 17, rue de Loos.

Hemos tenido el gusto de recibir la obra de nuestro amigo Nieve *Química de la Cuestión Social*, que nos ha impresionado agradablemente. En el número próximo publicaremos nuestro juicio sobre tan importante trabajo.

Ha reaparecido nuestro apreciable colega *La Lucha Obrera*, de la Coruña. Felicitámosle cordialmente y nos felicitamos también por poder contar con la eficaz propaganda de tan decidido campeón de las reivindicaciones proletarias.

BIBLIOGRAFÍA

El Problema de la Emigración en Galicia, Memoria premiada en el Certamen de Reus, por Ricardo Mella y Cea.—Escrito este trabajo para un Certamen celebrado en Vigo, fué desecharlo por el jurado, faltando á las condiciones de la convocatoria, á causa del radicalismo sociológico que le informa. El jurado del Certamen de Reus, más sensato que los literatos calificadores de Vigo, buscó la verdad sin preocuparse de puerilidades, y encontró en la Memoria de nuestro amigo Mella lo que hemos encontrado nosotros: extensos conocimientos económicos, raciocinio lógico y soluciones justas, y todo esto contenido en un estilo modelo de concisión y claridad, hasta tal punto que es imposible hacer un extracto, ya que todos los pensamientos son datos imprescindibles y hállanse expresados con sobriedad admirable.

Comienza el trabajo por un estudio sobre la población y las subsistencias en el que rebate las teorías de los economistas, concluyendo por afirmar que «en tanto no se halle el elemento que haya de restablecer la armonía universal, como dice Fourrier, Malthus y sus sectarios tienen razón.»

Establece como causas de la emigración: «La organización de la propiedad con todas sus consecuencias de subdivisión, monopolización y subordinación; la insolidaridad de los productores y la carencia de instituciones de crédito, origen principal del espantoso desarrollo de la usura, el monopolio del capital, estancamiento de los productos é imposibilidad, por tanto, de que una gran masa de la población pueda obtener trabajo ni lo necesario á la subsistencia, y la ignorancia y miseria generales.

Reconociendo que las circunstancias especiales de Galicia obligan á plantear el problema de diferente modo que en comarcas donde las circunstancias sean diferentes, propone el autor la asociación de los labradores gallegos con el fin de alcanzar la reciprocidad de los servicios y la garantía mutua, con lo que se produciría: mejor organización de la propiedad, solidaridad y crédito entre los productores, superioridad evidente de las subsistencias y del capital circulante sobre la población y el número de braceros, nivelación de ambos términos por medio de la organización y del cambio, eliminación de la miseria y de la ignorancia, con lo cual la emigración no tendría razón de ser.

Ilustra este trabajo multitud de preciosos datos estadísticos en apoyo de sus afirmaciones.

Si no conociéramos ya la competencia de nuestro amigo Mella en cuestiones sociales, el examen de la memoria que nos ocupa bastaría á demostrarla. Réstanos ahora dirigir á nuestro compañero una excitación pública por medio de la presente en la seguridad de que será atendida. Nuestros enemigos tienen grandísimo interés en propa-

gar sofismas y producir desalientos á los que aspiran á la reivindicación social de los desheredados, mayor debemos tenerle nosotros para combatirlos, y quien, como Mella, tiene competencia y corazón debe trabajar sin descanso.

A Questao Social, as Bodas reaes e o Congreso republicano, por J. Carrillo Videira, es un folleto de propaganda *democrática y republicana*, que por eso mismo carece de interés *acrático y revolucionario*. Considera el casamiento del real heredero portugués con la princesa de Orleans como una provocación á la República francesa, discute varios episodios de la vida interior del partido republicano portugués y proclama la conveniencia de la celebración de un Congreso republicano. Hemos buscado cuidadosamente la cuestión social indicada en el título, y si bien hemos hallado al principio ciertas declamaciones de color socialista, pierden todo su valor al dejarlas superditadas á las economías que resultarían del planteamiento de la república, comparada esta forma de gobierno con la monárquica. Como estamos persuadidos que ambas maneras de gobernar son tiránicas y depresivas para la dignidad humana y la revolución social ha de anular todas las formas de gobierno, encontramos poco interesante el asunto, y sentimos de veras que la fogosidad y bríos del autor se malgasten en tan poca cosa.

Su Excelencia Eugenio Rougon, de Emilio Zola, traducción española publicada por «El Cosmos editorial.»—Esta obra tiene por objeto demostrar cuán prostituido se hallaba el parlamentarismo bajo la dominación de Napoleón III, y señalar de paso el antagonismo patente que de todos modos existe entre el sistema parlamentario y la democracia.

El protagonista Eugenio Rougon, presidente del Consejo de Estado al principio, cesante luego, ministro del Interior y jefe del Gobierno después, es un abogado de Auvernia que ha llegado á los puestos más altos, valiéndose de toda clase de intrigas y bajezas. El autor ha querido retratar al ex-ministro bonapartista Eugenio Rouher y ha logrado plenamente su objeto. Los personajes más importantes del segundo imperio figuran en la obra con nombres supuestos unas veces y con sus nombres verdaderos otras. El personaje de Clorinda, aventurera italiana, que llega hasta á derrumbar ministerios y obtener del emperador una cartera para su marido á cambio de una noche de orgía, está trazado con una maestría de que sólo es capaz el gran escritor naturalista.

La traducción deja muy poco que desechar, á pesar de la dificultad que hay en traducir esta clase de libros.

Las señoritas de Mont-Croix, novela romántica de Jorge Ohnet, á pesar de la fama de su autor, tiene mucha superficie y poco fondo.

La Muerta, de Octavio Feuillet, es sin duda alguna la peor de las obras que ha publicado tan notable escritor. Nosotros, que hemos saboreado sus principales obras, no podemos volver de nuestro asombro al ver la parcialidad y la falta de lógica que ha desplegado en el libro que nos ocupa, extrañándonos sobremanera que una casa editorial tan sensata como «El Cosmos editorial» lo haya escogido para traducirlo al castellano.

El autor viene á decir que un hombre no puede ser feliz sino casándose con una devota. Para lograr su objeto nos presenta á una libre-pensadora, Sabina, que envenena á la cristianísima y virtuosísima mujer de un conde, por hallarse prendada de su marido. Y al cabo de un mes de matrimonio, esa mujer confiesa que ya le ha pasado por completo la pasión que la llevó hasta el crimen. ¿Es esto lógico? ¿Es esto verosímil? Y aunque así fuera, aunque tales corazones existieran, ¡serían, como pretende el autor, patrimonio exclusivo de las libre-pensadoras!

Repetimos que no hemos podido reconocer al discreto autor de *Le journal d'une femme*, en el autor de *La Muerta*. Allí probaba que conocía perfectamente el corazón de la mujer; aquí prueba, ó que lo desconoce por completo, ó que no teme sacrificar la verdad y la justicia al espíritu de secta y á la preocupación.

Parece verdaderamente que el autor haya sido pagado por las gentes de sacristía, y que no ha sabido luego desempeñar el papel de mercenario.

ADMINISTRACIÓN

Para que ACRACIA continúe publicándose con 16 páginas, como el presente número, sin aumento de precio, es necesario que nuestros suscriptores paguen con puntualidad. Los que así no lo hagan nos obligarán a retirarles el envío. Rogamos á nuestros suscriptores fomenten la suscripción. Recordamos que este es el último número del primer semestre.

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

JUNIO DE 1887

AÑO II N.º 18

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LA REACCIÓN EN LA REVOLUCIÓN

CON frecuencia, no ya entre los ignorantes, sino entre los más ilustrados, suele ocurrir que la bondad de una idea se extravía y se pierde por aquellos mismos que más la quieren y la estudian, de tal forma, que lo mismo que en la práctica debiera dar un resultado satisfactorio lo da abiertamente contrario y negativo.

Tal metamorfosis es por desgracia común á cuantos son más ó menos revolucionarios y nunca es inútil estudiar y determinar las causas que la originan.

Así, por ejemplo, en la siempre citada revolución francesa, hubo un elemento, el más radical, al parecer, que concluyó por sacrificar con sus extravíos aquella grande obra. Al mismo tiempo otro elemento opuesto al primero fué acusado entonces de reaccionario y pagó en el cadalso las culpas de sus propios acusadores.

Robespierre y Danton, los dos genios de aquel movimiento grandioso, representaban la primera y segunda tendencia respectivamente. Danton y su partido constituyan el verdadero nervio de la revolución por sus aspiraciones federalistas y descentralizadoras; Robespierre y los suyos, nacidos también al calor de la revolución, extravieron el principio, y en nombre de la salud del pueblo sacrificaron revolución y pueblo, justicia y libertad.

Sobre las ruinas de este dualismo de fuerzas surgió amenazadora la reacción. ¿Sabéis la forma? ¿Conocéis el agente?

La forma tomó cuerpo con el decreto sobre el culto del Sér Supremo; el agente fué el ídolo revolucionario, fué Robespierre, de quien dicen Proudhon y Bakounine que era el profeta de la divinidad.

Y aquella república que nació al grito unánime de libertad é igualdad, aquella subversión formidable de los oprimidos, quedó pronto reducida, convertida al privilegio, á la autoridad, adquiriendo proporciones tan odiosas por lo tiránicas, como lo habían sido las del poder que acababa de derrumbar; el despotismo de Luis XVI.

Todavía la influencia de aquella reacción se conoce en nuestros tiempos con el dictado de jacobinismo, y es común á todos los partidos democráticos, á las escuelas socialistas y á cuantos se precian de reformadores ó revolucionarios.

Puede decirse, con los naturalistas, que el jacobinismo es el resultado de cuanto hay de animal en el hombre; que es una de las manifestacio-

ACRÁCIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Diciembre de 1887

Año II N.º 24

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN

IV

La Mentira Política

SUPONGAMOS un hombre del pueblo viviendo en un Estado europeo, para darnos una idea aproximada de la libertad individual. Para ser admitido en la escuela necesita el acta de nacimiento ó partida de bautismo, aunque la razón dicta que la presentación del individuo es mejor garantía de existencia que no la de un papel en que ésta se haga constar. Al salir de la escuela necesita dedicarse á una profesión para ganarse la vida; si se siente apto para ayudar á sus conciudadanos con sus consejos en negocios de derecho, necesita previamente el permiso del Estado en forma de diploma; puede no obstante dedicarse á zapatero sin aquel permiso, aunque un zapato mal hecho pueda ocasionar más dolores que un consejo torpe en un asunto jurídico. Nuestro hombre á los veinte años quisiera emprender un viaje para completar su educación, pero la ley le obliga á cumplir su deber de soldado. Si nuestro Juan, nombre que se le aplica para mayor comodidad, se enamora durante el servicio militar, y quiere casarse para tener una conducta más regular que la generalmente seguida en las guarniciones, la ley le obliga á permanecer célibe. Juan toma su licencia, quiere casarse y lo consigue mediante la presentación de un fárrago de papeles, en que la falta de uno de ellos hubiera impedido la celebración del matrimonio. Quiere después de casado abrir una taberna y no puede hacerlo sin un permiso de la policía que puede negárselo si lo tiene á bien. Desea Juan reconstruir su casa, nuevo permiso de la policía. Tiene un jardín interior en el cual quiere elevar una edificación que á nadie perjudica, es indispensable el certificado de la policía. Tiene una tienda, y no sintiendo necesidad del reposo de un día á la semana, quiere vender el domingo, la policía se lo impide. Si su tienda es un restaurant y quiere tenerle abierto toda la noche, la policía le prescribe una hora fija para cerrar su establecimiento. Su esposa le da un hijo y debe inscribirle en el estado civil si quiere evitar al pequeño desagradables consecuencias para lo porvenir; debe también vacunarle, aunque haya visto muchos vacunados morir de viruela y otros no vacunados salir ilesos de una epidemia variolosa. Quiso un día hacer pasar un ómnibus por las calles de su población, nuevo permiso de la policía; tuvo el deseo de penetrar en cierto sitio del jardín público costeado por la ciudad, no pudo conseguirlo;

les: los católicos del imperio romano, amparados por los emperadores Teodosio, Valerio y Justiniano II; los godos de Alarico y los vándalos de Genserico. En ella se distinguieron por su celo feroz y destructor los frailes y los obispos. San Martín, obispo de Tours, recorrió la Francia destruyendo las bellezas de la civilización greco-romana. Lo propio hizo en el Asia Menor el obispo de Apamea, San Marcial, entrando por doquier á sangre y fuego. Tampoco fueron respetados los mejores monumentos artísticos de Roma, de Atenas y de Alejandría. La biblioteca de los Tolomeos, único archivo de la ciencia y de la filosofía de la Antigüedad, fué incendiada por los frailes que dirigía el arzobispo Teófilo. El turco Omar, á quien algunos historiadores acusan de este crimen salvaje, sólo quemó, tres siglos más tarde, lo poco que habían dejado los cristianos.

A la liquidación social cristiana van unidos los nombres del franco-católico Clodoveo y del ostrogodo cristiano Teodorico.

Como se vé, en la liquidación del mundo antiguo, para nada intervinieron la ciencia y la justicia, las cuales fueron vilmente atropelladas.

Procuremos que la liquidación que se prepara se verifique bajo bases científicas, humanitarias y equitativas.—T

POLÍTICA PALPITANTE

Situación político-económica de los Estados europeos.—Disposición belicosa de cada uno.—Alianzas franco-ruso-turca y austro italo-germánica.—Anacronismo de estas alianzas.—Situación de Inglaterra.—La diplomacia bismarckiana.—El militarismo.—Principio del fin.—Inminencia de una guerra continental.—Proporciones que puede adquirir y resultado á que puede llegar.—Breve consideración final.

El horizonte político, en el momento que escribimos este artículo, se presenta sumamente cargado de electricidad y amenaza desencadenar en horrenda y furiosa tormenta. Cada nación procura por su parte disponer de la mayor cantidad posible de numerario para subvenir á las eventualidades que de un momento á otro pueden presentarse, y aceptando como buena la máxima inglesa de que la mejor arma para ganar una guerra es el dinero, contratan empréstitos y elevan los presupuestos de guerra y marina á infinidad de millones.

A esto la clase contribuyente, que ve desaparecer en un fondo sin fin el dinero y que ve que las exacciones se suceden sin interrupción unas á otras, muéstrase prevenida y recelosa, no sin protestar en cierto modo de la manera descarada que se usa para hacer efectiva la recaudación de la cantidad fijada en el presupuesto de ingresos de cada Estado. Como es natural, para desvanecer este mal efecto los gobiernos ponen en juego los resortes de la política y con sus efectos de relumbrón evitan, aunque sea momentáneamente, el triste efecto producido por la mala situación económica, consiguiendo, así, adormecer el latente espíritu de protesta.

Así vemos á Alemania que comienza por rechazar el papel ruso, y bajo pretexto de una expectativa de guerra, ya con Rusia, ya con Francia, ya con ambas á la vez, imponer al Reichstag los enormísimos presu-

puestos propuestos por Bismarck. Vemos á Francia adquirir nuevos materiales de guerra y á cada ejercicio económico aumentar sus presupuestos por los solos conceptos de guerra y marina, y á Italia y á Austria adquirir nuevos barcos, fusiles y cañones para contrarrestar la preponderancia de las otras potencias. No por esto duerme Rusia, pues á pesar de lo inmenso de sus fronteras, artilla, según los últimos adelantos, todas sus plazas fuertes para ponerlas á cubierto de cualquier ataque ó bien para tomar la ofensiva si lo cree oportuno.

La situación política, como es natural, debe girar bajo este pie forzado, y por lo tanto queda supeditada casi en absoluto á la expectativa de una guerra.

A este movimiento no es todo lo indiferente que pudiera creerse la masa popular, y á él se asocia según el grado de afinidad ó simpatía que le une con la política internacional que le liga con su gobierno.

Así como en Francia es del todo popular una guerra con Alemania para conseguir la rehabilitación de las derrotas de la pasada guerra, y de ser también en Alemania aceptada de buen grado, sea con la nación que fuere, por creer que son ellos el pueblo más fuerte de la tierra, y de ser simpático en Austria al elemento germánico una guerra contra Rusia, no le sucede así á Hungría y á los diversos pueblos vecinos á aquel heterogéneo Estado, y que, ya sea por simpatía de lo que se ha dado en llamar intereses de *raza* ó ya por odio á sus opresores, aspiran á que se aflojen un poco los lazos que les ligan para proceder cada cual conforme á sus ideas. Y si de aquí pasamos á Italia, encontraremos bien determinadas dos tendencias que son diametralmente opuestas; á la par que el elemento oficial, para vengarse de las humillaciones que le ha hecho pasar Francia, busca la alianza defensiva y ofensiva con los imperios del centro de Europa, que son Austria y Alemania, el elemento *irredentista* no ceja en su propaganda y no desperdicia ocasión de recordar su odio al Austria, su antigua tirana, y al mismo tiempo de manifestar su deseo de recobrar las provincias latinas que aun retiene ésta. Por deducción se sigue que este elemento ha de buscar un punto de apoyo el cual es Francia.

Ahora bien, para seguir bien con sus respectivos intereses cada soberano ó cada gobierno ha buscado su alianza, y así hemos visto concertarse últimamente la alianza franco-ruso-turca para contrarrestar á la italo-austro-germánica.

No queremos tratar extensamente este punto, capaz por sí sólo de ocupar algunos volúmenes; queremos, sí, aunque sea ligeramente, analizarlo un poco.

De un lado la alianza franco-ruso-turca. Como si dijéramos un hombre libre, un salvaje y un esclavo que conciernen sus intereses, que absolutamente nada tienen de comunes, como no sea el miedo que les puedan inspirar aislados las potencias rivales unidas.

Y de otro lado la italo-austro-germánica, que produce el mismo efecto que una asociación de lobos que esperan la destrucción de sus rivales para después destruirse á sí mismos; toda vez que Alemania ansía la des-

aparición de Austria para abarcar todo el elemento alemán y Austria desea la destrucción de Alemania para empuñar el cetro germánico que se le escapó de las manos, y después Italia que si nada tiene que vengar de Alemania tiene mucho que vengar de Austria, forman la triple alianza que parece ser el bota-fuegos dispuesto para encender la guerra continental.

A todo esto debe agregarse la actitud espectante de Inglaterra, aislada de las demás pero solicitada por todas. Caso excepcional el suyo, pero provechoso para ella. Por simpatía política su interés está con Francia, pero no puede entrar á formar parte de la alianza con Rusia, su rival y mortal enemiga. Sus intereses en Asia se lo impiden, y, por consiguiente, es punto menos que imposible que se incline á este lado. Más probable parece el otro, pero tiene en cuenta que Alemania puede ser un vecino peligroso, pues así como hoy es una potencia militar de primera fuerza, podría convertirse en potencia marítima, y sus costas, no muy lejanas unas de otras, podrían en caso preciso ser invadidas por un numerosísimo ejército. A Inglaterra le conviene evitar este peligro, y si no puede formar parte de la alianza franco-ruso-turca para destruir á Alemania y á Austria, tampoco le conviene la destrucción de Francia. Sin embargo, aun á costa de Turquía le convendría la destrucción de Rusia, su poderosa rival en Asia, y por todas estas razones su situación es espectante. Por de pronto obtendrá dos resultados: evitar cuantiosas pérdidas, y el poder aprovechar la ocasión de hacer su negocio, ya sea vendiendo el material de sus arsenales ó ya apoderándose de alguna porción de territorio.

Conociendo perfectamente Bismarck la cuestión, ha procurado hábilmente atraerse la cooperación de la orgullosa Albión, y para esto ha puesto en juego toda su astucia y diplomacia sin poder, hasta el presente, ver satisfecho su anhelo.

Viéndose así, frente á frente, cada cual ha procurado sacar recursos de su propia flaqueza, y por consiguiente ha llegado á convertir la nación en un inmenso cuartel. No importa que los campos queden yermos, que la industria vea convertidos á sus más hábiles artistas en estúpidos matasietes y que las familias vean desaparecer su más firme apoyo y que por esta causa el hambre les lleve prematuramente á la fosa. Nada de esto importa; la cuestión es poder decir: Alemania cuenta con *un millón doscientos mil hombres* en servicio activo, los que, junto con las reservas, forman un total de *DOS MILLONES* de combatientes disponibles para invadir en pocas horas cualquier Estado. Viéndose amenazadas de este modo Francia y Rusia hanse visto obligadas á hacer lo mismo, y así insensiblemente la *civilizada* Europa se ha convertido en inmensísimo cuartel.

¡Cuántas consideraciones se nos agolpan á la mente al ver este estado de cosas! ¡Cuántas enseñanzas nos tiene ya dadas la historia sobre estos casos! Pero es mejor que pasemos á los hechos guardando para otro lugar las consideraciones.

En este estado las cosas va siendo imposible á los Estados el sostener

á esta masa de hombres improductivos, de los cuales no se les puede, por el pronto, sacar ningún jugo, y no les queda, por lo tanto, otro recurso que licenciar al ejército ó hacer pagar los gastos al vecino.

Y la cuestión es peligrosa, toda vez que de dispararse el primer cartucho en la frontera franco-alemana vendría la complicación austro-rusa, y así insensiblemente unos por un lado y otros por otro harían de la Europa un inmenso campo de batalla, dejándolo convertido en vastísimo cementerio.

Ante tal expectativa cada hombre dejaría de ser tal y debería convertirse en tigre, y henos aquí que la humanidad en el último cuarto del siglo XIX habría llegado al paroxismo de su locura.

Pero no seamos del todo pesimistas y analicemos un nuevo elemento con el cual hasta el presente no se había contado.

Como factor importantísimo en caso de guerra no había sido tenido en cuenta hasta que en 1871 estalló en Francia el movimiento comunista, que, si quedó localizado en París fué porque la solidaridad de ideas no se había aun efectuado y que hoy, efectuado ésta, serían muchas las ciudades, no sólo de Francia, sino de Austria, de Alemania, de Italia, de Rusia, de Inglaterra, y hasta de la misma Turquía que, mientras se destruían los poderosos, ellos proclamarían la destrucción de todos los privilegios y de todas las tiranías, y que al volver precipitadamente el ejército á sus hogares para sofocar el movimiento por orden de sus tiranos aprovecharían las armas para apoyarle y consagrarse con toda su fuerza. No diremos que se efectuase en absoluto, pero cabe preguntar: ¿quién pudo llegar á prever que después de las inmoralidades y corrupciones del imperio Napoleónico y después de llegar los prusianos á los muros de París, se alzase á la vista de éstos tan majestuoso y tan valiente el movimiento comunalista?

¡Quién sabe! ¡Tal vez mañana retumbará el estampido del cañón y al día siguiente el socialismo implantará sobre las ruinas de los actuales Estados su eterna bandera de paz y de solidaridad!

Por nuestra parte haremos fervientes esfuerzos para que llegue pronto este último día.—R.

ESTADO ACTUAL DE LAS ENERGÍAS CEREBRALES EN EL MUNDO CIVILIZADO

REcientemente ha dado el Dr. Letamendi una conferencia con dicho título en un centro científico de Madrid.

Un periódico de medicina da una ligera reseña de esta conferencia, tan imperfecta, según el mismo redactor, en vista de la colossal importancia y originalidad de las ideas emitidas por el ilustrado conferenciante, que la hubiéramos dejado pasar desapercibida, esperando ocasión de poder leer íntegro este luminoso trabajo.

No obstante, en la referida reseña se incluyen unas páginas del material que el Dr. Letamendi prepara para una obra que proyecta, y tan

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Enero de 1888

Año III N.º 25

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

¡POR LA ANARQUIA!

RECUERDO dedicado por la revista sociológica ACRACIA
á las heróicas
y gloriosas víctimas de la Anarquía, sacrificadas por la burguesía republicana
de los Estados Unidos
en Chicago en 11 de Noviembre de 1887



NIÑA STUART VAN ZANDT

Á LOS MÁRTIRES DE CHICAGO

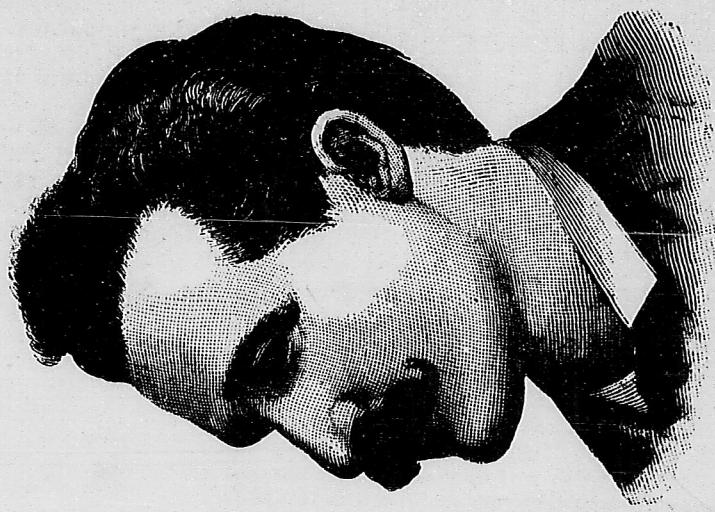
SACRIFICADOS POR EL ODIO BURGÉS REPUBLICANO EL DÍA 11 DE NOVIEMBRE DE 1887

H C R H C I H

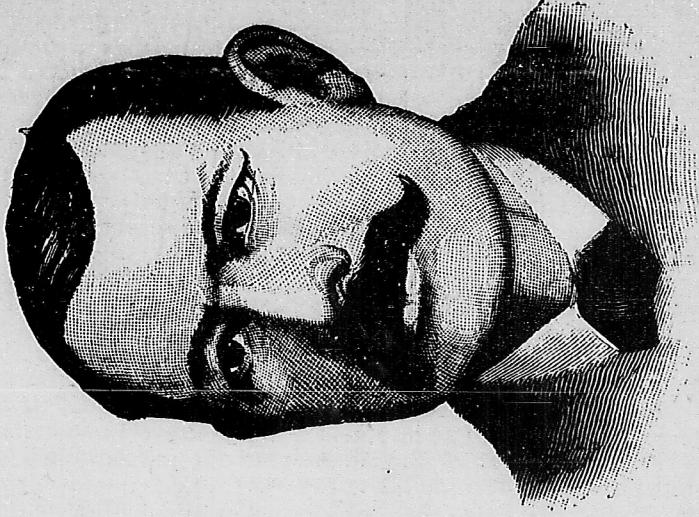
les dedica un recuerdo de admiración y aprecio



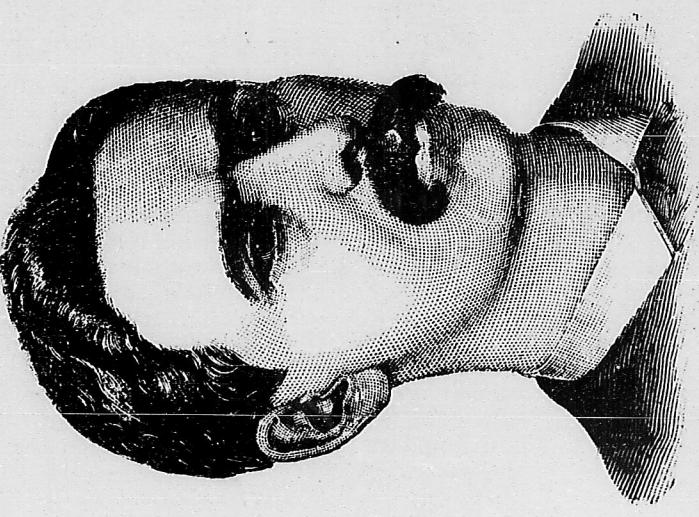
ALBERTO PARSONS



AUGUSTO SPIES



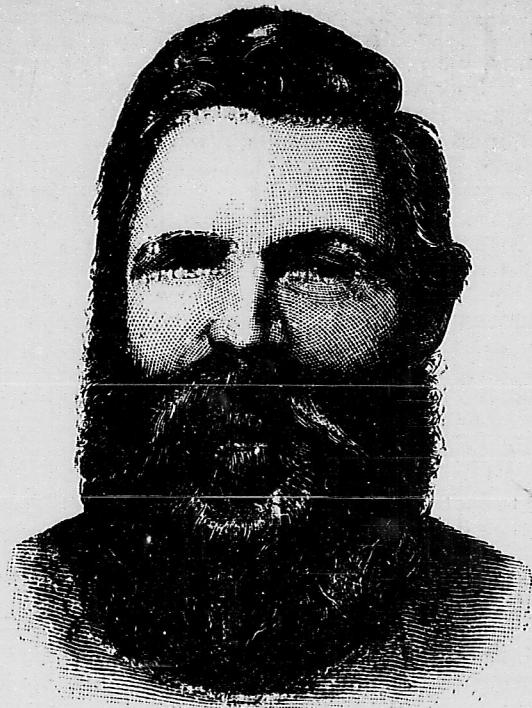
JORGE ENGEL



ADOLFO FISCHER



Luis LINGG



SAMUEL FIELDEN



MIGUEL SCHWAB

OSCAR NEEBE

Anarquistas de Chicago
privados de libertad por la República Norte-Americana

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Marzo de 1888

Año III N.º 27

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

18 DE MARZO DE 1871

MEMORABLE fecha que celebra con júbilo el proletariado del mundo entero. Un pueblo asediado por la arbitrariedad, víctima de la traición y rendido por el sufrimiento, asalta los poderes para gobernarse por sí mismo, invitando á los demás pueblos á que sigan su ejemplo. Este pueblo era el de París, el pueblo honrado, el que paga, no el que está siempre dispuesto á servir de comparsa en las mogigangas políticas; y por esto su acción fué decidida. Pocas veces se atreve el verdadero pueblo á pedir cuentas y á encargarse directamente del bien público; pero cuando la copa del dolor rebasa una sola gota, enarbola su bandera roja, recobra su soberanía y como único dueño dispone cuanto le place, haciéndose irresistible.

La bandera de los comunalistas franceses no la puede recoger ningún partido político, porque ninguno de ellos puede atreverse á los elementos constitutivos de la sociedad presente, bajo pena de la propia anulación como gubernamentalistas, sean del color que fueren, como hicieron valerosamente los mártires de la *Commune*. Poco tiempo y con tremenda lucha, pudo el pueblo de París vivir vida libre; pero con ser tan corto el período revolucionario, la patriotería cayó derrumbada con la columna de Vendôme; la propiedad perdió el carácter inviolable y sagrado de la individualidad posesora para entrar en el patrimonio universal; el Estado quedó anulado, restituyéndose la libertad comunal; la religión quedó fuera de la cosa pública para albergarse en el terreno privado; la instrucción metamorfoseada dejaba paso á la instrucción positiva; y, en suma, poco ó mucho la mano del revolucionario obrero tocó todos los cimientos sociales y poco faltó para que alcanzara victoria. Mas la solidaridad revolucionaria no había ganado todos los cerebros, y los obreros de París sucumbieron víctimas de las felonías del Monte Valerien y de Versalles y de la presión de los sitiadores alemanes, después de larga y obstinada guerra, en la que se glorificaron muchos desconocidos hombres, y cuya sangre derramada se ha convertido en positivo abono para la redención humana.

Al tributo de admiración hacia los comunalistas, á las imponentes manifestaciones de entusiasmo con que se celebra por todas partes el 18 de Marzo sintetizando el comienzo de la lucha por la emancipación social, se asocia

LA REDACCIÓN.

les en el seno de las agrupaciones anárquicas parecen indicar que así lo van comprendiendo nuestros compañeros y que pronto desecharán todos los dogmas económicos, como poco antes desecharon todos los dogmas políticos y religiosos.—T.

LA MISERIA

A la burguesía

CONSTANTEMENTE se ofrece á nuestra vista el problema de la miseria. Constantemente también se habla de resolverlo, pero en vano.

En estos días la miseria no permanece oculta. Se pasea por las calles mendigando una limosna.

Vosotros, burgueses de nombre, proletarios instruídos que no tenéis otra esperanza que la miseria de vuestros hijos para el porvenir; os doléis seguramente de este espectáculo, clamáis pronto remedio, llegáis á ratos hasta justificar la amenaza y el robo y, dejando á un lado la rutina, os atrevéis á pensar como piensan los revolucionarios; vosotros, digo, sois los primeros culpables de esta miseria y de esta ruina. ¿Sabéis por qué? Porque pasados estos momentos os olvidáis de que la miseria sigue existiendo y hacéis coro á esos otros burgueses repletos que no os explotan menos que al trabajador mecánico.

Vosotros, grandes capitalistas, reyes del comercio y de la industria, de la propiedad y de la banca; vosotros os escondéis en vuestras casas cómodas y confortables, echáis doble cerrojo á la puerta y sólo tenéis por único remedio vuestro miedo cobarde é inhumano.

Vosotros, políticos de todas clases y colores, enciclopedias legislativas que así entendéis de derecho como de medicina, de moral como de industria, de comercio como de teología, que en todo ponéis mano y en nada acertáis; á vosotros os basta proclamar la impotencia del Estado y recurrir á la caridad,—¡donosa manera de resolver problemas!—incapaces de toda idea regeneradora, humana, noble.

Pues bien; grandes burgueses y legisladores ilustres, la miseria es vuestra condenación, es vuestra vergüenza, es vuestra ignominia y esta condenación, y esta vergüenza, y esta ignominia, barrerán vuestra raza como plaga asoladora que todo lo destruye y aniquila.

Meditad unos y otros, y meditad también vosotros, los burgueses en apariencia, proletarios de hecho.

La sociedad existe para algo, y este algo no consiste seguramente en dejar morir de hambre á sus individuos; existe para garantir su existencia, el libre desenvolvimiento de sus facultades, el perfecto ejercicio de sus deberes, como productores, y sus derechos, como consumidores; existe no para gastar sus fuerzas en vanas disquisiciones políticas y filosóficas, sino para asegurar á todo el mundo contra las adversidades que el individuo aisladamente no puede vencer. ¿No es así?

Sin duda alguna. Lo contrario supondría una ventaja para la vida salvaje, aislada, sin compromisos, sin derechos, sin deberes, sin nada de aquello que hace de nosotros seres sociales y superiores á toda la escala animal.

Por esto, pues, la sociedad es cuando menos una asociación universal de seguros, cosa bien elemental en verdad.

Pero ¿qué haríais vosotros con una sociedad de seguros que viera arder impasible vuestros hogares, talados vuestros campos, amenazadas vuestras vidas, hambrientos á vuestros hijos y á vosotros mismos?

De seguro haríais pasar á la historia una revolución sangrienta.

Veamos qué hace la sociedad en que vivimos. En general se contenta con entretenerte en reglamentar vuestros derechos, cuando no en cercenarlos y desconocerlos; se limita á recomendaros ciertas compañías privadas que hacen grandes capitales á expensas de vuestras primas de seguro, cuando no se da por satisfecha con unas cuantas mal dispuestas y peor manejadas bombas y mangas de riego; se enorgullece en asegurar vuestras vidas exhibiendo á cada paso el cadalso, la ignominia de nuestros tiempos, y el presidio, moderna escuela del crimen; y finalmente, se encoge de hombres ó abre suscripciones públicas, apelando á la caridad, cuando los hambrientos se pasean á millares por las ciudades y por los campos. ¡Irrisoria sociedad la nuestra que tan sabiamente nos gobierna!

La miseria, problema insoluble, os dicen unos; la miseria, mal necesario é inevitable, algunos otros; la miseria, castigo del cielo, exclaman éstos; la miseria, consecuencia obligada de la civilización, afirman aquéllos; la miseria, fatalidad de la naturaleza humana, gritan por todas partes.

Mas no; que la miseria no es nada de eso, absolutamente nada. La miseria es el resultado lógico de una sociedad fundada en el privilegio de la propiedad y en la mentira política, es la consecuencia obligada de una injusta relación entre la riqueza producida y la riqueza distribuída.

El socialismo, diréis asustados. ¡Y qué!

¿Queréis que no haya socialismo, que no haya revoluciones? Pues haced que la injusticia y el privilegio concluyan; acabad con la miseria. ¡Atrevéos!

¿Creéis que si la riqueza acaparada por el gran capitalista y el gran propietario fuera un día declarada universal, subsistiría la miseria?

Vais á decir que sí; pero callad, no lo digáis, porque mentiréis. Vosotros mismos no lo creéis.

Prueba, vuestros gobernantes. ¿Por qué acuden á la caridad? ¿Por qué, en ocasiones, á que alojéis, proporcionalmente á vuestras riquezas, un cierto número de hambrientos? Porque creen firmemente que hay algo y no poco para dar, mucho que repartir.

¿No basta eso á convenceros? Pues probad á abrir vuestros almacenes, los depósitos de industria y comercio, y los numerosos establecimientos donde se trafica con el dinero, y ya me diréis si las inmensas subsistencias, los grandes elementos amontonados en la inacción no bastan á resolver el problema de la miseria mientras permanezcan abiertos.

Pero no temáis; no se trata del famoso reparto social; nada de esto. Se trata simplemente de convenceros que la miseria no existiría sin el acaparamiento de la riqueza. ¿Estáis convencidos?

Pues ahora, ó dadnos una solución que elimine la miseria, ó aceptad el socialismo. Jamás podréis salir de este dilema.

En tanto, los hambrientos tendrán derecho para todo, absolutamente para todo. ¿No veis qué siempre podrán deciros que hay un medio de que nadie tenga hambre?

Vuestra obstinación no cesará por esto, y á esa obstinación respondemos con nuestra calma. Vais á verlo.

Admitamos que el socialismo es un gran error, una atrocidad, todo lo que queráis.

Pues bien; todavía queda un medio de anular la miseria.

La sociedad gasta actualmente un montón de millones en sostener miles de soldados, miles de curas y miles de vagos. Para esto cobra del individuo cuantiosos tributos. Los soldados, los curas y los vagos no sirven para nada útil. La institución militar sintetiza una gran iniquidad, la guerra. Los segundos satisfacen, aparte toda idea, sólo á la conciencia individual; la sociedad no los necesita; que los pague, pues, quien los quiera. Los terceros son la mayor calamidad de nuestros días, pues que viven exclusivamente á expensas de los que trabajan.

Suprimid todo eso y mucho más que hay suprimible; suprimid al propio tiempo los tributos, y tendréis el problema resuelto, presentando la siguiente proposición:

«Ciudadano: se trata de organizar una compañía universal de seguros en que todos se aseguren á todos y cada uno se asegure á sí mismo en toda clase de riesgos, desdichas y contrariedades. Mediante una pequeña cuota no temerás ya por la suerte de tus hijos, no verás con horror que el fuego abrasa tu hogar, desbasta tus campos; no te inquietarán gran cosa las inclemencias del tiempo por los daños que personalmente puedan ocasionarte ni temerás que tus hijos vengan á pedirte pan, porque siempre podrás dárselo: en todos estos casos y muchos más, esta compañía universal de solidaridad consagrará tu derecho, ya que la caridad te humillaba desconociéndolo.»

Decid esto y no faltará una sola cuota. Desde aquel día todo el mundo por derecho propio tendrá garantida la existencia en todas sus lógicas manifestaciones.

¿Lo creéis imposible? No seguramente. Los propietarios de casas lo han hecho en muchas partes entre sí, y lo que unos hacen lo pueden hacer todos. No os cito asociaciones obreras, sino burguesas, es decir, de las vuestras.

¿Creeréis que no bastaría la cuota por grande que fuera? No puede ser. Las grandes crisis no son diarias y diariamente sostenéis á esa inmensa cábila de parásitos que os he dicho. En cuanto á los individuos aislados que debieran recabar de la sociedad *reintegración*, no constituyen argumento de fuerza.

¿Teméis que falte la unanimidad necesaria? No, seguramente no. Desde Rostchild hasta el último mendigo, nadie sabe cómo acabará y á todo el mundo le conviene y le gusta asegurarse contra lo desconocido.

Pero id con cuidado, porque si la hacéis es inevitable vuestra transformación en socialistas de tomo y lomo; entraréis así por el camino de la gran revolución y acabaréis por convenceros de que lo mejor es dar al traste con esta balumba de privilegios, injusticias y aberraciones políticas que nos deshonran como hombres; no querréis prestaros por más tiempo á ese juego de cubiletes que en vuestro fuero interno hoy mismo os hace reir seguramente.

Sois burgueses, y antes morir que rendiros á la evidencia. Estáis convencidos y seguiréis afirmando que el mal es irremediable. Vuestras repletas cajas, vuestros estómagos ahitos, os impiden reconocer la justicia del hambriento y continuaréis gritando: ¡utopia! ¡utopia!

Razones ¿para qué pedirlas? Vuestra última palabra es un dogma, es un prejuicio favorable á vuestros intereses, y esto basta.

Pues bien; estamos avisados. Haced que cuando haya hambre salga la caridad á lucir sus galas, que como la caridad no remedia el mal, no resuelve el problema, el miserable apelará á otros medios y no podréis quejaros. Ciento que en este caso apelaréis á vuestros soldados, y al mismo que el día anterior le dábais dos céntimos le enviaréis ahora una onza de plomo, pero esto mismo traerá vuestro fin, porque un día, una hora, un minuto bastará para que esa masa enorme de *los que no tienen nada que perder* recobre en un momento la noción de su dignidad y pase como una ola de fuego sobre vosotros, no dejando tras sí rastro de lo que existe. ¿No lo teméis? Sí, sí, lo teméis, y mucho; pero no dejaréis de abusar mientras veáis á esas masas resignarse á la limosna y á la esclavitud. ¡Cuidad, sin embargo, de estar alerta!

La miseria no es un problema insoluble, es un problema que no querréis resolver. El socialismo está, por tanto, en su derecho al proclamar una revolución que haga querer á todos lo que por egoísmo rechazáis. ¡Donosa libertad, argüiréis! ¿Pero desde cuando el ladrón, el criminal tiene derecho á la libertad?

Cometéis un crimen de lesa humanidad siendo la causa de que la humanidad sufra hambre y vergüenza de sí misma ¡y reclamáis libertad para vuestro crimen!

Id, id á vuestros doctores y que modifiquen el derecho, porque los hambrientos ya van viendo claro.

O con la Justicia ó contra la Justicia: elegid.

Y ahora vosotros, medio burgueses, decid con franqueza ¿quién tiene la culpa de que la injusticia prospere? Pues vosotros con vuestra vanidad por imitar al gran burgués; vosotros, que á trueque de reunir un puñado de monedas, no sólo consentís que os exploten, sino que también defendéis esa explotación; vosotros, que os dais el buen tono de aparecer conservadores, cuando sois hijos de una revolución que os ha alcanzado en mínima parte; vosotros, que necesitáis, como el obrero, una nueva revolución más fecunda, más universal que emancipe á la humanidad de la tutela del privilegio.

¡Utopia! gritaréis también por no ser menos que los otros.

No importa; cuando vuestrros hijos hambrientos os pidan pan y no tenéis para dárselo, os podremos decir también: ¡Utopia! ¡Utopia!, sois unos gañanes embusteros, pues el gran burgués está repleto y conforme con la existencia y vosotros le ayudáis. ¡Andad, id á pedirles una limosna!

Y entonces, preferiréis coger un fusil á recibir dos céntimos que os denigran y os humillan.—R. M.

LOS POBRES DE DIOS

Un código de moral revelado al hombre por la sabiduría infinita ha de ser necesariamente irrefutable por la lógica humana.

Si la razón lo refuta, sucederá una de dos cosas: ó la revelación es falsa ó sus enseñanzas son inaplicables.

¿Es irrefutable la moral contenida en el Evangelio?

Si se examina esta proposición desde el punto de vista de la sociología, prescindiendo de otros muchos puntos de vista, hallaremos una negativa terminante y categórica.

Contra los tristes efectos de las injusticias sociales recomienda el Evangelio la caridad, no como virtud transitoria, sino como una práctica permanente: Jesús profetiza que siempre habrá pobres entre nosotros. Por consecuencia, el bueno ha de ser caritativo hoy, mañana y hasta el fin del mundo; y tanto es así, que, preguntado el maestro qué es necesario para alcanzar el premio señalado á los justos, responde:—despojarse de todos los bienes terrenos y repartirlos entre los pobres.

¿Qué es el pobre? Doy la respuesta contenida en el primer diccionario que tengo á mano: un hombre necesitado, menesteroso, desprovisto de lo necesario. La definición es exacta: desprovisto de lo necesario. Fijáos en la significación de tan terrible frase. El que carece de lo necesario no puede vivir, porque lo necesario no es lo superfluo, ni lo accidental, ni lo condicional; es lo imprescindible, la circunstancia esencial de la vida, fuera de lo cual sólo se halla la muerte.

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá en el mundo quien carezca de lo necesario. Siempre habrá quien carezca de alimento para restaurar sus perdidas fuerzas, de casa y vestidos para defenderse del rigor de las estaciones, de instrucción y ciencia para desarrollar sus facultades intelectuales.

¡Fatídica profecía!

¡Siempre habrá pobres entre nosotros! Es decir, siempre habrá quienes vivirán fuera del derecho natural, consistente en la legítima posesión de la parte que le corresponde del patrimonio universal, y por consiguiente siempre habrá espoliadores, tiranos y explotadores.

¡Y esto lo dice un dios que todo lo sabe y todo lo puede, y que con todo su poder y toda su sabiduría ha creado el mal en el mundo, le deja subsistente, y para remediar su torpe conducta recomienda la caridad!

Si eso es Dios, razón tuvo Proudhon para decir: ¡Dios es el mal!

Pero la profecía divina no se cumplirá; tiene en su contra dos fuerzas

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á **una peseta** trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Junio de 1888

Año III N.º 30

La correspondencia administrativa y de redacción diríjase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

PRINCIPIO DEL FUTURO REINADO DE LA ABUNDANCIA

La historia industrial del mundo durante los últimos treinta años ha sido una historia de descentralización de la industria, llegando á tal punto, que ninguna nación es ya capaz de mantener el monopolio de abastecer á las demás con los géneros manufacturados que la constitúan en la principal productora del mundo en un ramo determinado de la producción. La rápida comunicación entre los hombres, conocimientos e ideas, que es tan característica de los tiempos en que vivimos, ha hecho de aquel monopolio un anacronismo. Las naciones que antes dependían principalmente de la agricultura, han aprendido las artes industriales, empezando á producir también ellas mismas, y las iniciadoras de la industria, que solían sacar su riqueza de las ganancias realizadas con la venta de los géneros manufacturados, encuentran ya que sus antiguos mercados están completamente surtidos de géneros hechos en el país, mientras en los mercados nuevos, que de vez en cuando se abren por guerras coloniales, encuentran quien les haga la competencia, ansioso de tomar su parte de las pobres ganancias que todavía pueden exprimirse de naciones y tribus que permanecen en un estado bajo del desarrollo industrial. Estas eran las conclusiones á que hemos llegado en nuestro anterior artículo titulado *El Hundimiento de nuestro sistema industrial*.

El fenómeno de que se trata no es un simple cambio del centro de gravedad del comercio, tal como Europa lo ha presenciado en los tiempos pasados, cuando la supremacía comercial pasó de Italia á España, de ésta á Holanda, y finalmente á Inglaterra; tiene una significación mucho más profunda, porque excluye la posibilidad misma de una supremacía comercial ó industrial. Enseña el advenimiento de condiciones enteramente nuevas, y las condiciones nuevas requieren nuevas adaptaciones. Sería inútil empeñarse en resucitar el pasado; las naciones civilizadas han de tomar nuevo punto de partida. Naturalmente, muchas voces clamarán por que se mantenga á todo coste la antigua supremacía de los iniciadores; todos los iniciadores han dicho lo mismo. Se dirá que los iniciadores han de alcanzar tal superioridad de conocimientos técnicos y de organización, que puedan batir á todos sus nuevos competidores; pero el hecho es que á pesar de esa supuesta supremacía han de apelar á la fuerza. Pero la fuerza es recíproca, y si el dios de la guerra favorece siempre los batallones más fuertes, los batallones más fuertes son los que combaten por nuevos derechos contra rancios privilegios. En cuanto al sincero deseo de una educación más técnica, en todos participa la mayor cantidad posible, será un bien para la humanidad y no para ninguna nación aislada, porque los conocimientos no pueden cultivarse para el uso doméstico solamente. Los conocimientos y las invenciones, las ideas y las empresas atrevidas, las conquistas del ingenio y los perfeccionamientos de la organización social han llegado á ser plantas internacionales; ninguna clase de progreso intelectual, industrial ó social puede quedar contenido dentro de las fronteras políticas; cruza los mares, perfora las montañas, y no encuentra obstáculo en las estepas. Los conocimientos

traigan pedazos de oro y puñados de perlas por un espejo ó un cuchillo, y se verán obligados á cultivar el suelo ellos mismos y á organizar su vida económica de manera que la agricultura se combine con la manufactura, y de esta combinación ambos saldrán gananciosos; la agricultura intensa es posible tan sólo á las puertas de la industria; cada día y con mayor vigor el agricultor moderno reclama la ayuda de la industria, y ésta, como ahora lo estamos aprendiendo con gran dispendio, puede prosperar tan sólo cuando sus altas chimeneas se eleven en medio de los dorados campos.

La civilización moderna está borrando el antiguo antagonismo entre la ciudad y el campo; después que la orgullosa ciudad ha intentado en vano vivir sin el campo, tiene que volver á éste, reconociendo que la industria y la agricultura son dos formas de la actividad humana que se ayudan mutuamente y dependen una de otra. En cuanto al suelo, agradecido, no se negará á sostener las multitudes humanas; todo lo que pide es que se le cuide, que se le estudie y que se le trabaje, y estos requisitos se concilian con la tendencia de la industria moderna hacia la descentralización.—P. KROPOTKIN.

LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

XIV Y ÚLTIMO

En el capítulo anterior hemos diseñado la forma de organizar los centros de producción, cambio y consumo, empezando por lo más simple y extendiéndose gradualmente hasta llegar á las operaciones más complejas.

También hemos dicho que era posible tropezar con numerosas dificultades en el curso de esta obra, consignando á la vez la esperanza de examinarlas de una manera desapasionada é inteligente, á fin de descubrir su origen y sus causas, esto es, que analizando y clasificando esas dificultades, adquiriremos un conocimiento claro de ellas y así podremos vencerlas con certeza completa.

Si esas dificultades nos son inherentes ó creadas por nosotros mismos, es preciso reconocer en ello la causa indicada para corregirlas y eliminarlas. Si, por el contrario, las han puesto otros en nuestro camino, ya por ignorancia, ya por maldad, nuestra obra y nuestro deber será precisamente el mismo; vencerlas, ilustrando á los que las fomentan.

El plan y método de organización que hemos diseñado rápidamente, parecerá impracticable á los que no hayan fijado la atención en cuanto dejamos dicho en todo el curso de este trabajo. Pero á muchos de nosotros parecerá seguramente de facilísima ejecución.

Tal vez se objete que no hay trabajo para dar empleo á la actividad de nuestros centros productores. A esto replicaríamos que si nosotros tuviéramos solamente que ejecutar esos trabajos como la nación los necesita para su ejército, su marina, sus caminos, canales, correos, escuelas, etc., etc., proporcionaría bastante trabajo á los obreros para que pudieran dar comienzo á sus operaciones.

Cuando digo que el gobierno *podría* ayudar tal empresa, dictando una ley para proceder á una serie de ensayos industriales, lo digo como aviso únicamente.

¿No ha decretado el gobierno la concesión de 120 millones de shillings á

la compañía del ferro-carril de Texas al Pacífico? ¿No lo ha hecho en interés de unos cuantos especuladores? Sí; en provecho del *comercio* y de la burguesía, pero no en el de la *industria* y los trabajadores.

La prensa del país ha sido muy esquiva y se ha callado en general ante esta concesión de 40.000 schillings por milla de vía férrea que, como la línea en cuestión tiene 3,000 millas de longitud, asciende á los 120 millones mencionados y que nuestros legisladores han regalado á los monopolizadores. Pero si el gobierno hiciera una concesión de 1,000 millones de shillings á los trabajadores para que adquirieran talleres y primeras materias—que servirían de garantía al gobierno por el dinero adelantado—la prensa capitalista rugiría de indignación desde un extremo al otro de la tierra.

Thurman ha dicho en el Senado de los Estados Unidos: «Dos grandes compañías de ferro-carriles deben al Estado 64 millones de shillings por el capital de obligaciones prestadas, y como no pueden dejar de pagar los intereses, según una decisión del Tribunal Supremo, hasta que el capital adeudado sea impuesto en las arcas del Tesoro, el total de la deuda ascenderá pronto á 181 millones,» suma que cree el orador no pagarán nunca las empresas. Ha dicho también Thurman, que las economías netas que en la actualidad tiene la *Union Pacific* ascienden á 6.143,365 shillings y el *Central Pacific* á 8.0051,498.

Durante la guerra el gobierno daría el abastecimiento del ejército á los contratistas, pero no á los *obreros*; aquellos harían grandes fortunas y se constituirían en la *aristocracia del bacalao*, perpetuando así la burguesía y estableciendo una plutocracia en una república *política*. Mas no daría ocupación á los obreros á fin de hacer trabajadores libres e independientes en una república ú organización *industrial*.

El Congreso concede 120 millones de shillings á una simple corporación, sin pedir el consentimiento del pueblo, para el comercio y la especulación, y esta cantidad representa una cuota de cinco duros por cabeza sobre toda la población. En cuanto á nosotros, la cuestión se reduce á saber si podemos educar al pueblo para que *reclame* del gobierno la libertad de fijarse á sí mismo una cuota de diez reales por individuo en interés y progreso de la industria.

Lo que se consigue en la nación puede obtenerse igualmente en el Estado (Cantón) y en el municipio.

Lo mismo ocurre con la construcción de edificios-escuelas, albañales, puentes y toda clase de mejoras que se convierten en *negocios políticos* para alimentar y dar vida á los bandoleros de la cosa pública. Los trabajos públicos se dan á los contratistas, verdaderos instrumentos de la política, pero nunca á los trabajadores asociados.

No obstante, hay aún más que suficientes obras públicas por realizar, y cuya empresa obtendría un magnífico resultado desde el principio (1).

Pero no se crea que yo deseo obtener la ayuda ó los favores del gobierno.

(1) Este trabajo data del año 1869. Desde entonces han ocurrido muchos sucesos que pueden ilustrar la verdad de lo que dejo dicho, principalmente el siguiente: cuando el contrato de los edificios públicos de Philadelphia fué concedido á los empresarios en 1872-73, el importe de las obras ascendía próximamente á cinco millones de pesetas. Los contratistas no tenían el capital necesario. El Consejo municipal, por tanto, votó en su favor 17,000 pts. mensuales de los fondos públicos. Esta cantidad sirvió para que pudieran emprender sus negocios.

Mi memoria es infiel á las fechas, pero no á los hechos. Los documentos públicos de aquella época comprobarán mis afirmaciones.

Yo creo que si alguna ayuda pudiera prestar el gobierno á los trabajadores mejor sería un descuento que un socorro. Digo simplemente lo que pudiera hacerse, no lo que deseo que se haga.

Yo espero ver al pueblo hacerlo por sí mismo, y hacerlo á pesar del gobierno; entonces será capaz de apreciar esa guarida de putrefacción, esa aglomeración de imbecilidad que se llama *gobierno*.

Preveo ingenuamente que hay un principio envuelto en la organización de la industria que descansa en bases semejantes á las descritas por nosotros, y que no se adaptará al gusto de gran parte del pueblo, y entre él se encuentran muchos de nuestros mismos compañeros que se creen ser el pueblo más honrado del mundo. Es ese principio de rigurosa justicia que inspira, penetra y dirige todas las acciones; es el establecimiento de esa equidad real que impedirá que nadie especule con el trabajo y las necesidades de otros y acumule una fortuna que no debe á sus propios méritos personales.

Hay muchos que aspiran á las riquezas, á la gloria y al esplendor, y quienes se jactan de ser republicanos porque la realeza y la aristocracia no les deja campo alguno á sus ambiciones. Tales sujetos son los Vanderbilts, los Oakes, los Ames, los Astors, los Belknaps, los Babcocks, los Robersons, de infame memoria, los perversos, los inicuos envenenadores de aguardientes, los estafadores condecorados, etc., etc. Pero cuando vean que ya no hay sitio para algunas clases en la nación, ni clases adineradas, ni clases de *sangre azul*, ni gobiernos de clases, sino que hay una sola clase de trabajadores, que cada uno tiene que trabajar para sí; que todo el que disfrute de ciertas comodidades y riquezas, en lugar de obtenerlas especulando con el trabajo de los demás, sólo podrá adquirirlas por un aumento de trabajo, ilustración y habilidad propia; temo que muchos de nosotros — fiel progenie de un estado social soberbio, despótico y egoista — seamos incapaces de elevarnos á la altura de la justicia y al respeto de nuestros semejantes, que implica necesariamente é inaugurará un estado social como el que hemos diseñado.

Pero, después de todo, tales dificultades no son motivo para que dejemos de trabajar por una nueva organización de la industria.

Porque haya egoistas cortos de vista, displicentes y cobardes, no es razón para que nos dejemos dominar por el desaliento.

Yo digo simplemente que debemos dirigir nuestra atención toda al objeto que nos proponemos; redoblar nuestras energías y precauciones y contenernos en la firme convicción de que ningún método de organización de las fuerzas económicas del mundo eliminará la pobreza y los crímenes que de ella proceden si no se inculca antes una más grande moralidad.

Entre los ricos y los burgueses hay algunos de los que, sin duda, han hecho sus fortunas mediante el trabajo de otros — porque mientras hayan trabajado por sí mismos no habrán salido nunca de pobres—que reconocerán la justicia de la organización propuesta, y aunque pudieran ser opuestos á ella, porque está en contradicción con sus intereses del momento, apreciarán y avalorarán la justicia pública sobre sus intereses privados y contribuirán á la organización de un estado social, que si los destruye como *burgueses insolitarios*, los regenera como *trabajadores solidarios*.

Pero al mismo tiempo es preciso no olvidar que esta cuestión industrial nos crea un número de enemigos mucho mayor que todas las cuestiones de naturaleza política que puedan presentarse, porque aunque hallemos excepciones á la regla general, la burguesía, como clase, todavía es avara y cruel.

Se les puede condenar á la ignorancia, restringir sus libertades políticas, arrancarles tributos exorbitantes, fomentar la guerra y conducir á sus hijos á ella para que sean asesinados; pero esto en tanto cuanto se les deje la perspectiva de hacerse ricos inesperadamente por el tráfico de los mercados, por el monopolio del dinero, por las etapas del crédito mobiliario, por el comercio de bebidas, granos y ganados, por la ladronería de las condecoraciones ó por otros medios. Así continuarán perfectamente contentos. Pero desde el momento en que se les turbe en la «investidura de sus derechos,» en su egoísmo ó en sus intereses—que ellos miran como legítimos y honradamente adquiridos—veréis levantarse tremenda su oposición, su antagonismo, su rencor y su maldad.

Las dificultades acumuladas en nuestro camino por esa parte del pueblo, deben ser vencidas ilustrándola acerca de nuestros propósitos y deseos. Para ello tendremos que convencer á esas gentes de que nuestros deseos no son los de arrebatarles las riquezas que poseen, sino aumentar la producción total del mundo por medio de un empleo más inteligente de las fuerzas sociales, de modo que ellos también necesariamente obtendrán una parte del aumento verificado en la riqueza creada; que mientras la tendencia del movimiento comercial de nuestros días es hacer «al rico más rico y al pobre más pobre,» la tendencia de la organización industrial del porvenir será hacer más ricos al rico y al pobre á la vez. Tendremos que probar, repito, que nuestro intento de hacer más rico al rico no es una vana palabra.

A fin de convencer á los demás de la posibilidad de este pretendido imposible, habremos de contar con una demostración completa que haga aceptable el tercer axioma consignado en el capítulo I, esto es, «que la capacidad productiva de la sociedad es superior á su capacidad consumidora.»

Esta demostración quedará completa en su tiempo y lugar después que hayamos tratado la cuestión de las máquinas y de las fuerzas naturales. Nosotros diremos á este propósito que la fuerza del trabajo que se malgasta en la pereza y por otras causas perfectamente evitables, puede estimarse con toda seguridad en un 15 ó 20 por 100 del total de las fuerzas productoras del mundo. Muchos la han calculado en un 40 por 100. Entre estas dos apreciaciones es difícil elegir con precisión. Mencionarlo sencillamente, basta para formarse una idea de su importancia.

Si las dificultades que hallemos en nuestro camino son inherentes á nosotros mismos, es decir, si forman parte de nuestra propia naturaleza, será necesario del mismo modo sobreponerse á ellas.

El medio social en que hemos crecido, nos hemos educado y hemos vivido, se funda en el principio del individualismo, y por consecuencia nos ha hecho á todos más ó menos interesados y *egoistas*. Pero con miras ó propósitos más ilustrados de *altruismo* llegaremos á la concepción completa de la solidaridad, con ayuda de la que percibiremos intelectualmente, comprenderemos que los intereses y responsabilidades de los demás son totalmente idénticos á nuestras responsabilidades é intereses, tanto que estudiaremos con placer el medio de dar expresión práctica con nuestras acciones á nuestras convicciones y conceptos intelectuales, haciendo á la idea del deber soberana de la idea del derecho.

Esta será una obra de instrucción propia, de disciplina mental y de enseñanza mutua, la cual, desarrollándose en nosotros, llegará á constituir un placer intelectual para todos y se verificará juntamente con el ejercicio y desenvolvimiento de los sentimientos morales.

Tal será, como materia de estudio, el resultado de un trabajo de educación que es necesario establecer entre nosotros y por nosotros mismos, porque como se recordará, *sin la educación por fundamento ninguna organización social inteligente es posible.*

La tercera clase de dificultades que hemos mencionado son las creadas por nosotros mismos. Bajo este concepto podrían incluirse los contratiempos, faltas y desengaños que experimentamos por las imprecisiones, tonterías y ambiciones de nuestros mismos compañeros, de esos que no tienen más que orgullo y vanidad, que necesitan dominar, que desean ver sus nombres en la prensa figurando como presidentes, secretarios, tesoreros, directores, curadores, etc. En una palabra, todos los que son ambiciosos y quieren constituirse en *leaders*, tanto que si no pueden dominar demolerán cuanto á su paso se ponga. Estos hombres, en nuestras reuniones semanales y mensuales y en las elecciones de cargos, promueven discusiones, cuestiones de orden y apelan á las costumbres parlamentarias, á los ejemplos de congresos y otras estupideces que los cuerpos legislativos han formulado como reglas de conducta, y acaban por dividir á la gran masa de nuestros compañeros en defensores de diferentes ideas y en bandos contrarios, en grupos, corrillos y fracciones. Y cuando tales individuos han dividido á la sociedad en corrillos, fracciones y grupos, entonces es cuando se consideran capaces de «cumplir sus fines,» como ellos mismos dicen. La organización sufre y las esperanzas de los trabajadores por salir de la miseria se agotan, como se habían agotado antes durante miles de años por idénticas causas.

No se crea que hablo á tontas y á locas ó sin motivo. Los ignorantes y los astutos son los que únicamente aspiran á constituirse en *leaders*. Yo apelo, en comprobación de lo dicho, á la experiencia de los trabajadores honrados que han hallado un alivio en la organización, y digo que si tenemos que combatir por una parte á los monopolizadores y burgueses, los Belkaps, Babcocks, Dorseys, y los embaucadores políticos, por otra hemos de luchar contra los astutos y los embaucadores que viven entre nosotros mismos. Y sostengo que nuestros enemigos de un lado son tan poderosos para el mal como los del otro bando.

Por tanto son necesarias toda clase de precauciones, y si somos bastante débiles para ocultar las faltas, delitos y cruidades de nuestros destructores, nos haremos cómplices de esos hechos y cometemos un acto de propia destrucción, de suicidio.

Repite que me falta tiempo para especificar aquí las diferencias que hay entre las dos ideas opuestas: selección y elección.

La selección presupone la excogitación de los más aptos para desempeñar estas ó las otras funciones: la colocación de ellos en tales puestos.

La elección implica la obtención de semejantes cargos no siempre por los más aptos,—frecuentemente por los que á ello aspiran, por lo menos escrupulosos,—y éstos se colocan á sí mismos en los mejores empleos.

En el principio de la selección, como opuesto á la elección, se halla una gran diferencia, tanto en los procedimientos como en los resultados.

El método actual de la elección es el germen de todo lo que ha resultado en la corrupción política, que casi ha destruido las instituciones republicanas de los Estados Unidos, y que, si continúa, subvertirá totalmente la libertad y la moralidad públicas. Esto es lo que los enemigos de la libertad popular llaman «el error de las democracias.»

Esta es una cuestión de la mayor sencillez y al mismo tiempo de la más grande importancia.

Los servicios públicos deben reducirse á un *deber* que cumplir, no á una *recompensa* que obtener. La prevaricación en los servicios públicos debe ser tratada como un crimen capital contra la humanidad, penable, sin posibilidad de conmutar la pena, por la muerte y sólo por la muerte (1).

Confiamos en que cuando hallemos hombres inteligentes, aptos y honrados que desempeñen sus funciones, digna y fielmente, no seremos tan estúpidos que cambiemos nuestros funcionarios á cada elección, y que al mismo tiempo trabajaremos para simplificar de tal modo esas funciones que cada uno de nuestros miembros sociales sea capaz de cumplir los deberes á su cargo anexos para que á su turno pueda desempeñar cualquier función.

He presentado ahora un diseño harto pobre de las bases de la política del movimiento obrero. Me ocuparé de cada asunto,—Tierra, Trabajo, Cambio, Capital y Seguridad,—en un ensayo separado, y entonces entrará de lleno en toda clase de detalles. Antes de proceder á ocuparse de los detalles era conveniente dar un diseño de la filosofía del movimiento obrero. Se recordará que he comenzado este trabajo con el propósito de presentar el movimiento obrero en su triple aspecto: político, filosófico y religioso.—Por la traducción, R. M.

FEDERACIÓN DE RESISTENCIA AL CAPITAL

EN los días 18, 19 y 20 de Mayo último se celebró el Congreso amplio de Sociedades de Resistencia, convocado por la Comisión Federal de la Federación de Trabajadores de la Región Española, en cumplimiento de un acuerdo del Congreso que esta Federación celebró en Madrid en Mayo de 1887.

El Congreso amplio, compuesto de un regular número de delegados de importantes colectividades obreras, como podrá verse por los extractos que publica la prensa socialista, ha entrado de lleno en la nueva vía señalada por la experiencia y la razón, que consiste en aprovechar las fuerzas que todos podemos agrupar para el sostenimiento de un pensamiento común, y en dejar libre lo que por ser de carácter limitado ha de tener siempre manifestaciones heterogéneas y discordantes.

Los acuerdos del mismo Congreso constituyen su propia defensa á la par que brillante exposición de su pensamiento, por lo que, consignando nuestra adhesión al mismo, nos limitamos á reproducirlos.

I

El desarrollo del socialismo moderno ha venido á establecer de una manera evidente que en la actual manera de poseer, de producir y de distribuir la producción se comete una iniquidad.

Los tres actos eminentemente sociales, posesión, producción y distribución, no sólo se efectúan fuera de las más elementales nociones de la economía y de la justicia, sino que la injusticia y la defraudación sistemática, generadoras del privilegio dominante, se han rodeado de tales garantías de seguridad, que han levantado un fuerte obstáculo á la marcha del progreso, imposible de superar por la tranquila evolución progresiva.

Después de tantos siglos de luchas en que la humanidad se ha agitado buscando un punto de reposo, hemos alcanzado una situación que parece como la constitución definitiva de la sociedad humana: las naciones hállanse regidas generalmente por principios democráticos y tienen garantida su independencia.

(1) Dejamos al autor la responsabilidad de estas gravísimas palabras, que no podemos traducir sin protesta. La pena de muerte es una aberración condenada por la humanidad y por la razón, y su defensa hecha por un socialista es un error funesto, por no decir una locura suicida.—N. del T.

ÍNDICE

— Nuestros propósitos	1
Regeneración y Acracia	2
El Socialismo en el Parlamento francés	5
La Cuestión social ante la Ciencia	9, 17, 25, 33
Sobre lo que Acracia significa	10, 36
El Individuo contra el Estado, Spencer y <i>La Revue Socialiste</i> 12, 19, 28, 34	
Spoliarum, cuadro del artista Luna Novicio ...	15
Acratismo... ...	18
Sobre Arte	21, 30, 47
Movimiento social... ...	24
Sociedad ácrata... ...	27
Movimiento social... ...	32
La pena de muerte	41
No hay dogma económico	45
La Dinamita... ...	49
Los Caballeros del Trabajo... ...	51
Movimiento social	56
Refutación de un Sofisma	57
El Partido Obrero	61
Colectivismo y Comunismo	64
Movimiento social	72
La Guerra y la Civilización	73
Excursiones literarias	78, 110, 123
Fuerza y Ciencia	82
Correspondencia (de Reus)	83
Movimiento social... ...	88
El Capital	89, 121
Una Preocupación, pretendida gandulería de los obreros no catá-	
lanes	91, 114, 128
A los Tesalonicenses... ...	94
Comunicación importante... ...	96
A ACRACIA	99
Medio siglo de Parlamentarismo	105
La Jornada de ocho horas	108
Virtud y Deber	115
Libertad y Autoridad	131
Movimiento social... ...	135
El camino del Progreso	137
Una Rectificación	140
Necesidad de reformar la Historia	142
Pacto y Ley	145
La cuestión social, considerada política y filosóficamente 146, 177, 193 227, 333, 371, 397, 434, 496, 525, 554, 591, 615	
Movimiento social... ...	152

A nuestros lectores ...	153
La Clase media ...	154
Acratismo societario...	155, 170, 201, 217, 250
El Déficit del Trabajador ...	159
Juan Felipe Becker ...	168
Discusión Algebrico-social...	169
Los monumentos y la clase media de Barcelona	173
La Demagogia burguesa ...	184
La Reforma del Código penal	185
Desequilibrio Económico-social	188
Caridad y Solidaridad	191
Movimiento social...	199
El Mandato imperativo	207
Pesimismo y Optimismo	211
Cifras ...	213
Más sobre el Mandato imperativo	223
Movimiento social ...	232
La Reacción en la Revolución ...	233, 322, 391, 475, 546
El Capitalismo en la Agricultura...	236
Preocupaciones y Problemas (bosquejos para un libro) ...	238, 255
Justicia y Economía...	243
La República modelo	247
A nuestros lectores ...	249
La Competencia ...	261
Un recuerdo revolucionario ...	264
Una apreciación legal del Socialismo ...	270
La Sífilis ...	274
Las Mentiras Convencionales de nuestra Civilización	
Prefacio	281
Mane, Thecel, Phares	281
La Mentira Religiosa	313
La Mentira Monárquica y Aristocrática	342
La Mentira Política	409, 473
La Mentira Económica	506
— La Mentira Matrimonial	537
El Periodismo	567
El Duelo	571
La Mentira dominante	572
Harmonía final	572
A propósito de Organización...	287
Sensación y Movimiento	292
Revista política-internacional	295
Cifras elocuentes ...	297
Individuo y Colectividad	298
Cómo vivimos y como podríamos vivir...	301, 338
Movimiento social	311
Cosas de España ...	325
Revista política internacional	329
Ciencia burguesa y Ciencia obrera...	354
Comunistas y Colectivistas	359
Las Mujeres inventoras...	364
El Proletariado militante	356
Degradación	369
Circular núm. 57 de la Comisión Federal	374
Movimiento social ...	376
Spies, Parsons, Fischer, Engel, Lingg, Schwab, Fielden, Neebe	377

Bases científicas de la Anarquía	627
La crisis política en Francia	378, 412
De la República sanguinaria	395
La prensa socialista de Dinamarca	399
La situación de España	402
La Liquidación social	408
Política palpitante...	426
Estado actual de las energías cerebrales en el mundo civilizado	428
¡Por la Anarquía! Recuerdo á las víctimas sacrificadas en Chicago	431
Economía política y Economía acrática	441
Los Productos de la Tierra...	482, 518, 551
— La Familia	484
18 de Marzo de 1871	495
Los Productos de la Industria	505
La Miseria.—A la burguesía	512
Los pobres de Dios	520
La Muerte	524
La Justicia en el Evangelio	552
Los Vedas...	553
El hundimiento de nuestro sistema industrial	558, 596
Principio del futuro reinado de la abundancia	575
Federación de resistencia al capital	601
Velada socialista artístico-literaria en conmemoración del XV aniversario de la <i>Commune</i> de París.—Suplemento al núm. 5 Mayo de 1886.	620

Bibliografías

Germinal	7
Garibaldi.—Historia liberal del Siglo XIX	40
El Problema de la Emigración en Galicia	54
A Questão social, as Bodas raes e o Congreso republicano	55
Su Excelencia Eugenio Rougon	55
Las Señoras de Mont-Croix	55
La Muerta	55
La Revolució	55
Química de la Cuestión social	87
Las Crisis monetarias, Bursátiles, Mercantiles é Industriales..	103
La Explotación del Secreto	117
Los Amores de Felipe	119
Juan Mornas	119
Problemas sociales	120
El Vientre de París	120
El Catolicismo y la Cuestión social, examen crítico de los acuerdos del Congreso católico de Lieja...	134
La Pecadora.	151
La Revolución social	151
Acta de la Sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el 22 de Noviembre de 1886...	151
La sífilis como hecho social punible, y como una de las causas de la degeneración de la raza humana...	166
La Confesión de Claudio..	166
Un Matrimonio de la aristocracia	167
El Conde Luis de Camors	167
La Fugitiva	182
Entre paysans	183
La Fortuna de los Rougon...	183
	199

ACRACIA SUPLEMENTO



Año I

NÚMERO 2

especie humana en las leyes evolutivas de la Naturaleza y comenzando una nueva etapa en la historia de la Humanidad, edad de oro por la que siempre han suspirado los hombres en medio de sus dolores é infortunios.

En espera de tan ansiado día, que los hombres de corazón rompan la marcha, los revolucionarios, los precursores, los que van sembrando con sus huesos el camino que después han de recorrer los otros.

PEDRO VALLINA

Aristócrata libre y libertaria

fragmento, ensayo y cata de **Los insumisos á la Accesión** episodio de rebeldía positiva

La casa del marqués, como se le nombraba en la comarca, participaba del carácter señorial y de labranza. Eran sus dueños el marqués, su hijo y su hija, quienes, aunque con residencia ordinaria en la capital, á la sazón pasaban allí la estación veraniega.

El marqués, como el tronco torcido y viejo de la fábula, con las ideas antiguas recibidas de un modo dogmático, los convencionalismos del mundo hechos en él tanto como ley sagrada costumbre invariable, era como la personificación de la rutina convertida en huesos, carne y sangre con forma humana.

Su heredero Andrés, recién provisto de conocimientos en el bazar de ciencias llamado Universidad, donde se venden diplomas profesionales como ropas hechas sin medida, que por confeccionarse por escala de talla y de grueso vienen bien á todos los individuos del grado correspondiente, aunque pasando por alto las especialidades de conformación, era doctor, sabía mucho, tiraba de largo en francachelas juveniles, porque su padre no era mezquino para permitir al sucesor el brillo correspondiente á su linaje.

Vidaura, su hermana, educada en un convento, joven de espléndente hermosura, se sentía dominada por los impulsos de la vida, los que, por las ideas con que se había nutrido su inteligencia, pasaban á su juicio por tentaciones maliciosas que han de ser dominadas con austeridades.

Todos en la casa se habían recogido.

En un lindo gabinete que antecede á una alcoba se halla Vidaura desnudándose para acostarse. Siente calor, y ligeramente envuelta en una vestidura blanca suelta y desceñida, semejando una de esas concepciones artísticas con que se nos representan figuras místicas femeninas, se asoma al balcón. Una noche serena con fulgores de estrellas, brisa tenue, aromas campestres, rumores de vida y un horizonte de abismo donde por no percibirse otras viviendas, accidentes del terreno, ni límite en el espacio ni en la tierra parece percibirse la sensación del infinito, se ofrece á su consideración.

Vive en perfecta salud; la vida universal le rodea, y sus sentimientos y su inteligencia, en contacto con aquella inmensidad viviente, recibe sensaciones grandiosas, nuevas, indefinidas; tan pronto pierde el concepto de su individualidad como si fuera parte mínima de aquel todo que le rodea, como se siente engrandecida hasta el punto de parecerle aquel universo

una sencilla estancia construída para su particular conveniencia. Grande es todo, grandísimas son las manifestaciones de tanta grandeza, pero aquella vía láctea—infinidad de mundos que apenas puede apreciarse como unidad para formar cantidades con que intentar cálculos capaces de aventurar una concepción del infinito,— aunque comprendan infinitas inteligencias individuales, nada es, nada son pasional ni intelectual por sí, viven sujetas á un ritmo mecánico invariable cuyas leyes le son conocidas; seguirán moviéndose á eterno compás, y hoy, desechada la leyenda geníaca como poesía de la ignorancia, sabe que no son los astros luminares postizos para servir á un tercer planeta de cierto sistema solar que, si se perdiera, menos sentida sería su falta en el concierto universal que la perdida de piel causada en su mano por el leve rasguño de un alfiler. Tanta grandeza nada vale ante la concepción, que ve con su imaginación y que comprende en su inteligencia, del orden en que se desarrolla. Ella, leve átomo, materialmente tanto como nada comparado con el cuadro que tiene ante su vista, tiene el poder de convertirse en holgado receptor de aquel todo inconmensurable.

Inteligencia poderosa, como poder ó como resultado mecánico de un organismo fuerte, saludable y bien equilibrado, se eleva sobre los superpuestos de la educación convencional, y con una lucidez admirable, toma los conocimientos positivamente científicos que no han podido menos de darle, los despoja de los añadidos de la superstición religiosa y de la moral amañada para que lo natural ceda su puesto á lo artificial, y en una especie de arroabamiento racional aprende en un momento de inspiración y de intuición lo que los sabios saben tras numerosos y pesados cálculos y después de muchos años de trabajo intelectual. Algo contrario al atavismo, que si existiera pudiera denominarse influencia precursora de los que no viven aún, anima su ser: el Dios de la eterna inacción, creador del mundo terrestre, ignorante de la pequeñez de su propia obra, engrandecida á última hora por astrónomos y geógrafos y empequeñecida siempre por los místicos creadores de la gloria, el purgatorio y el infierno, no puede ser para Vidaura el representante de lo absoluto; el Cristo, consubstancial con ese dios negado y abandonado, tipo definidor de la moral evangélica que exige á los que le siguen que tomen su cruz y se nieguen á sí mismos, no puede recibir acatamiento de la que sabe más que Dios y no se somete al suicidio parcial; el Espíritu Santo, que elabora los frutos del amor sin las sensaciones amorosas, que hace un hijo por delegación á una virgen, mujer que por no haber sentido los espasmos de la generación ni recibido en su útero el huevo fecundado por el varón no puede ser madre, no merecen él, ni su supuesta operada, ni menos el complaciente marido que tolera un hijo á la esposa que no ha conocido en un país donde se lapidaban las adulteras, veneración ni respeto. La vida, el goce, la correlación y concordancia de todo y de todos en el conjunto universal, eso es lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Vidaura, en un arranque de apasionada excitación, se despoja de la envoltura que le cubría, y Venus resplandeciente, Galatea hermosa, sol que brilla con todos los esplendores de la línea y del color, ya que la luz sólo es hermosa por las hermosuras que alumbra, se contempla con rebelde impudor ante un espejo, eleva sus manos á la cabeza, se vuelve á uno y otro lado, se palpa con admiración y complacencia, se asoma al balcón, recibe en su cuerpo desnudo la lujuriosa caricia que en forma de céfiro movedizo

envuelve todo su cuerpo, causándole el enardecedor efecto de un beso apasionado, y movida por un ímpetu volitivo superior, abre la puerta e iluminando con su nívea y sonrosada blancura la negrura de la noche se lanza al jardín ansiosa de espacio no limitado por paredes, del mismo modo que en un momento libró su cuerpo de vestidura y su conciencia de supersticiones.

Corría al azar, sin otro anhelo que hallar un sitio despejado desde donde poder considerarse como punto central de aquel universo que le seducía, cuando de pronto dió en los brazos de un hombre desconocido..... X.

El mejor de los mundos

I

—¡Al huerto!... ¡Al huerto!...

—¡Sí, sí!... ¡Al huerto de tía Rosa!...

Este era el grito que lanzaban radiantes de alegría, saltando alborozados y tirando al aire sus gorras y pañuelos, revueltos en diferentes edades y sexo, los hijos de mi amigo, los de mi cuñado y los míos.

Al eco de aquella algarada infantil nos pusimos en marcha lentamente; las tres matronas se adelantaron como gallinas con pollos y nosotros detrás, hablando de todo y mirándolo todo, nos dejamos conducir hacia el cacaudo huertecillo.

Era una de esas tardes que en el campo se siente la alegría de vivir.

Los tibios rayos del sol hiriendo con múltiples reflejos los cristales variados en colores de la antigua ermita; el tañido plañidero de lugubre campana, recordando las creencias caducas y la vida inocente del abuelo campesino, el flujo y reflujo de aquellas viejecitas pálidas y arrugadas por los años, con su manto negro y ojos llorosos por el misticismo que arrancó lágrimas ante el altar de la Crucifixión de Jesús, y ya cansadas las rodillas del duro pavimento y el pecho dolorido á los golpes de *mea culpa*, retornaban al hogar, después del *deber cumplido*.

Más allá, los saludables campesinos, en diaria faena, descubiertos sus brazos atléticos y peludas pantorrillas, con medias de barro unos y otros con pieñas relucientes por el zumo de la uva que acababan de aplastar; éstos, cantando aires del país con paso cadencioso tras las bestias cargadas del fruto de la vid, que tanto alegra el corazón; aquéllos jurando tras las mulas que, remisas, van hacia el carro lleno de barriles, que espera á la puerta de la granja...

El rebuzno del pollino oculto en el establo, que huele á distancia la hembra en celo pastando en la ladera. La vaca que cruza con el vientre abultado por la hierba y la ubre reventando por la leche, conducida por la Juannilla, de cabellos de oro, ojos de lumbre, cara de amapola y traje de mendiga. Los trinos de diferentes pajarillos que revolotean de la rama al suelo. El olor fuerte de la tierra entremezclado con el tufillo inexplicable que despiden las enaguas de las lugareñas, sacudidas por la brisa. Más adelante, en la llanura, el perfume ligero, fino, tenue de la viña; después el revuelto aroma del tomillo, del azahar, del pino, del romero; hasta el polvo imperceptible de la atmósfera, que trae á la memoria el abono del establo, se